

COLECCIÓN HISTORIA ARGENTINA

Director: Raúl O. Fradkin

William Acree

## La lectura cotidiana

Cultura impresa e identidad colectiva  
en el Río de la Plata, 1780-1910

prometeo  
libros

William Acree

La lectura cotidiana : cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910 . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2013.  
232 p. ; 24x17 cm.

ISBN 978-987-574-596-4

1. Historia de la Cultura. 2. Historia Latinoamericana. I. Título  
CDD 980

Director de colección: Raúl Fradkin  
Cuidado de la edición: Magali C. Álvarez Howlin  
Traducción: Emilia Ghelfi, revisada por el autor  
Corrección: Eduardo Bisso  
Armado: María Victoria Ramírez

Traducción autorizada por Vanderbilt University Press.  
Publicado originalmente en inglés como *Everyday Reading: Print Culture and Collective Identity in the Río de la Plata, 1780-1910*.  
© 2011 by Vanderbilt University Press  
Nashville, Tennessee 37235

© De esta edición, Prometeo Libros, 2013  
Pringles 521 (C1183AEI), Buenos Aires, Argentina  
Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297  
editorial@treintadiezo.com  
www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723  
Prohibida su reproducción total o parcial  
Derechos reservados

## Índice

AGRADECIMIENTOS.....	9
INTRODUCCIÓN .....	13
CAPÍTULO 1	
Palabras, guerras y celebraciones públicas .....	27
CAPÍTULO 2	
Palabras, guerras y gauchos .....	55
CAPÍTULO 3	
Sembradores de abecedarios.....	93
CAPÍTULO 4	
Lecturas para una nación.....	131
EPÍLOGO	
Difundiendo la palabra y la imagen .....	173
BIBLIOGRAFÍA.....	203

## Introducción

¿Sabes tú lo que es la PATRIA? Sin duda ya han recogido tus oídos esta palabra y en más de una ocasión al ver el entusiasmo que al aclamarla les producía a los hombres que en numerosa manifestación recorrían la calle, has sentido ansias de agitarte, de lanzar un grito y mezclar tu entusiasmo y tu alegría al entusiasmo y a la alegría general.

—José Manuel Eizaguirre, *La patria: Elementos para estimular en el niño argentino el amor a la patria y el respeto a las tradiciones nacionales*

En estas palabras de su libro de texto de 1895, dirigido al “niño argentino”, Eizaguirre atrae nuestra atención hacia una de las fuerzas fundamentales detrás de la formación de la identidad colectiva: la imprenta<sup>1</sup>. Eizaguirre promete satisfacer la curiosidad del joven lector respecto del significado de *patria*. A su vez, pide humildemente la atención de su audiencia “para que la lectura de estas páginas deje una huella duradera en [su] espíritu”<sup>2</sup>. Continúa remarcando que compartir un sentido de orgullo nacional es la obligación de todo ciudadano, y que todos los niños deberían esforzarse por comprender las razones que inspiran el profundo amor por la patria, algo que todos, *por supuesto*, querían sentir. Lo único que se necesitaba para lograr esto era un poco de lectura.

Conformando la región conocida como el Río de la Plata, Uruguay y la Argentina son los ejemplos más completos en América Latina de cómo se desarrolló la intersección entre medios impresos e identidad colectiva<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Eizaguirre, 17; énfasis en el original.

<sup>2</sup> *Ibid.*, 14.

<sup>3</sup> Además de ser el nombre de uno de los estuarios más grandes del mundo, el término Río de la Plata tiene varios significados importantes. Durante el fin de la época colonial, sirvió como parte del nombre de la última unidad administrativa imperial en Hispanoamérica: el Virreinato del Río de la Plata, creado en 1776. Con centro en Buenos Aires, el virreinato abarcaba una extensión de territorio que incluía lo que es hoy la Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay. Después de las guerras por la independencia, Bolivia, Paraguay y Uruguay se separaron de lo que se convertiría en la Argentina, aunque Uruguay mantendría estrechas conexiones políticas y culturales con su vecino del otro lado del río. Cuando no hablan del río, los estudiosos usan hoy Río de la Plata para referirse a la región que incluye a la

Hoy, quienes visitan las ciudades capitales de Montevideo y Buenos Aires no pueden dejar de notar las profundas raíces de la cultura escrita visibles en los centros de ambas ciudades. La calle Corrientes, una de las principales avenidas de Buenos Aires, está bordeada de librerías y puestos de libros. En Montevideo, donde también abundan las librerías, los domingos se puede visitar una feria, donde se despliegan las mesas de los libreros a lo largo de más de cinco cuadras. En ambos países, desde las ciudades costeras a los pueblos del interior, en los quioscos (que no tienen un paralelo en los Estados Unidos) se venden periódicos, revistas, historias baratas, literatura de poca calidad, e incluso reimpressiones de “clásicos”. Con este valor puesto en la palabra escrita e impresa, no sorprende que Uruguay y la Argentina tuvieran las tasas de alfabetización más altas en América Latina desde fines del siglo XIX hasta los primeros años del siglo XXI<sup>4</sup>. El alcance de la cultura impresa en la región es una verdadera historia de éxito para América Latina. Las preguntas que más nos intrigan son éstas: ¿Cómo la alfabetización, la cultura escrita y la clara preocupación pública por la escritura y la lectura se expanden tanto y se vuelven tan integrales para la identidad en Uruguay y en la Argentina? ¿Qué hizo que la cultura impresa rioplatense fuera única en el contexto latinoamericano?

Este libro brinda algunas respuestas a estas preguntas a través de una visión panorámica del desarrollo de esta cultura impresa, desde la llegada de las primeras imprentas en vísperas de las guerras por la independencia hasta la celebración del primer centenario de la independencia en 1910. *La lectura cotidiana* trata sobre la relación especial de la letra impresa, la esfera pública y la política en el Río de la Plata. Conecta las muchas formas de experimentar la lectura con las actividades, festividades y tareas cotidianas y las realidades de un siglo que terminó con el establecimiento de los sistemas más exitosos de educación primaria pública en América Latina. Y ofrece una comprensión más amplia de lo que significó leer y ser lector, y cómo estas prácticas afectaron la identidad.

Argentina y Uruguay en general, y más específicamente para referirse a las áreas costeras y las ciudades en ambos márgenes del Río de la Plata. Usaré rioplatense, Río de la Plata, y el Plata (la forma abreviada del término), en este sentido, en parte para enfatizar cómo la cultura impresa se desarrolló dentro de las mismas líneas tanto en Uruguay como en la Argentina, y en parte para concitar la atención a la unidad regional en lo que respecta a preocupaciones, cuestiones, significados culturales que a menudo se consideran meramente “nacionales”.

<sup>4</sup> En los Informes de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas de 2007 sobre los índices de alfabetización para las edades de quince años y más, Uruguay estaba ubicada ligeramente por encima de la Argentina. Cuba, que estaba ubicada tercera en alfabetización entre los países latinoamericanos en 2003, pasó al primer lugar. Véase [hdrstats.undp.org/en/indicators/89.html](http://hdrstats.undp.org/en/indicators/89.html). Para mediciones de alfabetización en el Río de la Plata a fines del siglo XIX y principios del XX, véase capítulo 3.

Mi foco regional es fundamental para mi tesis e imprescindible para captar todo el impacto de las conexiones entre imprenta y política, pues Uruguay y la Argentina compartieron una experiencia histórica común hasta comienzos del siglo XX. Ambos fueron parte del virreinato colonial del Río de la Plata, que se fragmentó en unidades políticas más pequeñas durante las guerras por la independencia. Las guerras civiles de mediados del siglo XIX se libraron a través de la frontera entre Uruguay y la Argentina: soldados y jefes militares de ambos países combatieron con rivales tanto uruguayos como argentinos, y sus ramificaciones afectaron toda la región más allá de las divisiones topográficas. El impulso que, a fines del siglo XIX, se dio a la educación pública en Uruguay fue de la mano con el desarrollo en la Argentina. Los arquitectos de estos sistemas —Domingo F. Sarmiento, de un lado, y José Pedro Varela, del otro— viajaron juntos, leyeron los escritos del otro, se inspiraron mutuamente. Los maestros y los directores de escuela colaboraban entre sí y cruzaban el río para trabajar con sus colegas. Los autores argentinos de libros de texto vieron que sus lecciones se enseñaban en las escuelas uruguayas, y viceversa. La formación del Estado se produjo de forma similar y al mismo tiempo en ambos países, y hacia fines del siglo XIX, inmigrantes principalmente de España y de Italia llenaron las ciudades portuarias de Montevideo y Buenos Aires y se dispersaron hacia el campo<sup>5</sup>. En la Argentina, los inmigrantes representaban el 25% de la población hacia 1895. Del mismo modo, conformaban cerca del 22% de la población uruguaya según el censo nacional de 1900. Después de 1900, los números siguieron trepando en la Argentina, mientras que declinaron sutilmente en Uruguay<sup>6</sup>. Finalmente, a comienzos del siglo XX, circularon del mismo modo en ambos márgenes del Río de la

<sup>5</sup> De la Fuente, *Children of Facundo*; Scobie, *Argentina*, 88-111; Halperín Donghi, *Politics, Economics, and Society*. Para un relato reciente del desarrollo del Estado en la Argentina, véase Halperín Donghi, *Argentine Counterpoint*. Sobre la formación del Estado en Uruguay, véase Barrán, *Apogeo y crisis*; Frega, *La virtud y el poder*; y Chasteen, *Heroes on Horseback*, 43-59.

<sup>6</sup> Cualquier persona familiarizada con el perfil demográfico de Buenos Aires y Montevideo es consciente del hecho de que son notablemente diferentes del resto de América Latina; debido a las olas masivas de inmigración al Río de la Plata desde la década de 1850 hasta la Primera Guerra Mundial. Para el comienzo de la guerra en 1914, la cantidad de inmigrantes en la población total de la Argentina había llegado al 30%, más que la proporción de la población de inmigrantes en Estados Unidos en ese mismo año. En la época de la celebración del centenario de la independencia en 1910, más de la mitad de la población en la Provincia de Buenos Aires eran inmigrantes o hijos nacidos de padres inmigrantes. Las cifras de Uruguay indican una historia similar. La mitad de los residentes de Montevideo durante la Guerra Grande (1839-1851) eran extranjeros. En contraste con la Argentina, la inmigración a Uruguay se produjo en una escala más pequeña y con la importante diferencia de que declinó después de 1900, cayendo a poco más del 17% en el censo de 1908. Véase Arteaga y Puiggrós, 268-69, 371. Entre las explicaciones de este cambio está el hecho de que el fenomenal éxito agrícola de la Argentina prometió oportunidades de trabajo más atractivas a los inmigrantes después del cambio de siglo, lo que hizo que la Argentina fuera

Plata nuevas formas de medios impresos, como revistas ilustradas (entre ellas, la más vendida fue la tremendamente exitosa *Caras y Caretas*) y postales.<sup>6</sup> En suma, las fuerzas de la modernización tocaron a uruguayos y argentinos sin importar su nacionalidad.

Por ende, cualquier estudio del desarrollo de la cultura impresa en Uruguay o la Argentina estaría solo a medias completo si no se prestara la misma atención al otro lado del Río de la Plata. Los ejemplos y los focos de atención pueden venir de cualquiera de las dos orillas, pero los vínculos entre lectores, medios impresos e identidad colectiva son característicos de la región como un todo.

Antes de esbozar los tres momentos claves de la historia que estaremos siguiendo, corresponde hacer algunas definiciones conceptuales, comenzando con un término que he usado varias veces hasta ahora: *cultura impresa*. La cultura impresa se forma a través de los vínculos que conectan los públicos lectores —tanto alfabetizados como analfabetos— con los medios impresos y los textos, lo que a menudo va más allá de la esfera de la palabra escrita. Más específicamente, concierne a las relaciones entre las prácticas de lectura y escritura, por un lado, y las conductas sociales, los valores individuales y colectivos, las transacciones económicas, las decisiones políticas, las instituciones estatales, y las ideologías, por el otro. El estudio de la cultura impresa, cuyo foco principal es la palabra impresa en todas sus manifestaciones, también abarca, por ejemplo, la imagen que aparece en un periódico o revista, el pasquín o la publicidad colocada en la plaza del pueblo, el uso de retratos en los billetes y las estampillas postales, el acto de leer en voz alta para un grupo de gauchos en la pulpería o para soldados analfabetos apiñados en una trinchera, y los adornados lemas que amantes, esposas y madres cosían en las vinchas que usaban los soldados en toda América Latina durante el siglo XIX. Los términos *lectura* y *públicos lectores* adquieren, así, un significado mucho más profundo, mucho más inclusivo.

Esta comprensión más amplia de lo que significa leer brinda herramientas más apropiadas para estudiar el efecto de la imprenta en una región donde escuchar un texto que se lee en voz alta —una experiencia colectiva en y por sí misma— era, de lejos, la forma más común de leer hasta el último cuarto del siglo XIX. La cultura impresa se arraiga allí donde las prácticas de lectura forjan los públicos lectores. Esta intersección, a su vez, permite que los medios impresos jueguen un papel importante en la formación de la identidad colectiva, desde el nacionalismo hasta las interpretaciones de género.

un destino más popular que Uruguay, así como la idea de que Uruguay estaba "saturado" y no podía absorber más inmigrantes. Véase *ibid.*, 269.

El segundo concepto que necesita explicación es el de *lectura cotidiana*, que aparece tanto en las fuentes que estudio como en mi metodología para abordarlas. Al elegir este término para mi título, aprovecho grandemente la interpretación pionera de James C. Scott de la "resistencia cotidiana" de los paisanos y el volumen editado por Gilbert Joseph y Daniel Nugent sobre las "formas cotidianas de formación del Estado"<sup>7</sup>. A primera vista, la idea de lectura cotidiana se destaca por ser tanto ordinaria como extraordinaria. La cultura impresa cotidiana fue, en gran medida, parte de los patrones tradicionales de asociación, desde los avisos del periódico leídos en los púlpitos durante el período de la independencia, pasando por la melodiosa poesía popular de la década de 1830, hasta los libros de texto leídos en voz alta por los niños a su familia en la mesa de la cocina en la década de 1890<sup>8</sup>. Estos modos de reunión eran "normales", desde el momento en que los ciudadanos asistían con regularidad a misa, a menudo pasaban tiempo en el almacén (que hacía las veces de bar y de espacio social), y se reunían en torno de la mesa familiar para conversar. La lectura cotidiana fortaleció estas formas de sociabilidad; congregó a la gente con más frecuencia que antes y en cantidades mayores. Es decir, las personas comenzaron a asociarse con otras a causa de la lectura, y la lectura se convirtió en el núcleo central de la sociabilidad. Como resultado, solidificó las creencias y las formas de comportamiento. Por supuesto, por estos motivos, el papel de la lectura cotidiana en estas acciones fue extraordinario también.

Como la resistencia cotidiana, las formas cotidianas de lectura tuvieron consecuencias involuntarias. Los furiosos artículos de diarios y la poesía de las guerras por la independencia llevaron tanto a una revolución de la imprenta en la región como a un cambio hacia nuevas formas de comunicación. La literatura popular de 1830 a 1880 celebró las tradiciones y los modos de conducta rurales, pero al mismo tiempo desató el odio hacia los partidos políticos recién formados. El mismo éxito de los libros de texto y los cuadernos escolares para inculcar la identidad de género y el espíritu patriótico en ambos lados del río excedió en mucho las expectativas de los autores y de los funcionarios estatales que apoyaron la publicación y el uso de este tipo de material. La lectura cotidiana que los niños hicieron en las escuelas desde principios de la década de 1880 hasta la celebración del centenario en 1910 alteró de manera radical el paisaje de la cultura impresa rioplatense de los cien años siguientes.

La lectura cotidiana es también extraordinaria por su aparente oposición a la concepción tradicional de "literatura", sostenida todavía hoy por algunos estudiosos y el público en general. Durante más de cien años, los especialistas

<sup>7</sup> Scott, xv-xvii; Scott y Kerkvliet; Joseph y Nugent.

<sup>8</sup> Sobre la sociabilidad en la Argentina del siglo XIX, véase González Bernaldo de Quirós.

en una serie de disciplinas —de un modo más destacado los estudios literarios— y hombres (y ocasionalmente mujeres) de letras famosos han considerado que “literatura” refiere a una práctica única y a un producto cultural. De acuerdo con esta idea, una obra de literatura es algo para ser admirado, precisamente porque es algo fuera de lo común —quizás universal— que transmite un valor estético efímero. La literatura *no* forma parte de la vida cotidiana. Por el contrario, es el conjunto de escritos sobre los que ciertos hombres (y a veces mujeres) discuten mientras beben té o coñac, y que catalogan como “arte” o simplemente “literatura”. Esta noción caracterizó el alcance del significado de “literatura” a lo largo del siglo XIX y gran parte del siglo XX. También condicionó la forma en que generaciones de estudiantes han abordado el estudio del papel de la escritura antes de 1900.

Si bien los historiadores de la cultura y los especialistas en estudios literarios y culturales han hecho mucho en las dos últimas décadas para modificar esa imagen de exclusividad, especialmente cuando trabajan con temas del siglo XX, algunos de estos matices todavía persisten cuando nos ocupamos de la América Latina anterior al 1900, donde las fuentes son mucho más efímeras y, por ende, más difíciles de hallar y acceder. Cuando describo las ideas que hay detrás de este libro, una de las preguntas más comunes que me hacen los estudiosos de diferentes campos es: “¿Qué escritores u obras estudias?”. Bartolomé Hidalgo y José Hernández, que figuran en esta monografía, están entre los pocos escritores que son conocidos hoy. “Luis Pérez” (un ex soldado convertido en poeta, cuya fama amenazó con eclipsar la de prominentes intelectuales), “*El nene*” (un libro de texto argentino que tuvo unas 120 ediciones), “tarjetas coleccionables” (con historias, que se introducían en los atados de cigarrillos), o “Emma Catalá de Princivalle” (autora uruguaya de libros de economía doméstica, seleccionados por el Estado) tienen mucha más atención en este libro, pero pocos colegas míos reconocerían estas referencias. Si bien la lectura cotidiana se asocia con menos *glamour*, espero que mi foco ayude a transformar no sólo cómo se piensa sobre la lectura y la escritura, sino también cómo se estudia la cultura impresa en la América Latina del siglo XIX. Dicho de otro modo, mi esperanza es que lleguemos a comprender la lectura cotidiana más en línea con su función y papel históricos, de rasgos tan dominantes como poderosos.

Podemos subrayar algunas características generales de la lectura cotidiana. Para comenzar, los medios impresos con los que los lectores interactúan diariamente, o al menos con regularidad, son ilustrativos de este tipo de lectura. Los diarios son un buen ejemplo. Se producen para el consumo sostenido y habitual. En el siglo XIX, los ejemplares de periódicos solían pasar de un grupo de lectores a otro antes de ser usados con propósitos no relacionados en absoluto con la lectura, como limpiar algo que se derramó. Los textos

escolares de la década de 1890 ofrecen otro ejemplo de material de lectura diseñado para una interacción consistente y repetida, ya que eran empleados en lecciones diarias en el aula y en la hora de lectura entre miembros de la familia en casa.

—La literatura popular funciona de un modo similar y ofrece una percepción de otras características de la lectura cotidiana: depende en parte de la recepción generalizada, su capacidad de ser transmitida oralmente, su incorporación de cierto vocabulario y una sintaxis fácil de memorizar, y su rechazo por parte de aquellos que se consideran árbitros de lo que debe o no debe recibir el título de “literatura”. Los autores de este tipo de textos apuntan a insertar su obra en la vida cotidiana en modos que, por ejemplo, no están siquiera contemplados por autores de novelas que consideran sus creaciones apropiadas sólo para los ciudadanos más “educados” de la sociedad. A lo que apunta de un modo más general la literatura popular es a múltiples audiencias de lectura cotidiana, formas de distribución y circulación, y prácticas lectoras asociadas, donde *múltiple* es la palabra clave.

Todas estas características ayudan a distinguir la lectura cotidiana de otros tipos de lecturas y de consumo cultural y sugieren por qué es tan importante, sobre todo cuando se trata de comprender las conexiones entre cultura impresa, política y formación de la identidad. Esta breve descripción general puede sugerir nociones de formas “elevadas” y “bajas” de públicos escritores o lectores. Si bien creo que la idea misma de lectura cotidiana encarna algo de esta dicotomía, mi principal afirmación gira en torno del impacto y el alcance de la cultura impresa, que trato de demostrar con ejemplos claros, concretos, en cada uno de los capítulos de este libro. En la Argentina y Uruguay, fue en este mundo compartido de la lectura cotidiana donde mejor se forjaron los vínculos con la identidad grupal, y donde los medios impresos y las prácticas lectoras inspiraron comportamientos, actitudes y valores que abarcaron desde librar una guerra a educar a futuros ciudadanos. El desarrollo de la relación entre política y escritura, y del cada vez más poderoso papel de la lectura y la escritura en la formación de identidades individuales y grupales, dependió de la lectura cotidiana que gradualmente se convirtió en una presencia vigorosa en la vida de todos los ciudadanos del Río de la Plata a lo largo del siglo XIX.

<sup>9</sup> Para una definición más en profundidad de la literatura popular en la región, véase Acree, “Luis Pérez”.

## La lectura cotidiana de 1780 a 1910

Tres momentos históricos definen el desarrollo de la cultura impresa en el Río de la Plata y dan forma al arco cronológico de este libro: el período revolucionario de la independencia a principios del siglo XIX, el apogeo de la cultura ganadera a mediados de ese siglo, y el establecimiento y la expansión de las escuelas primarias públicas nacionales a fines del siglo XIX y principios del XX.

Comenzamos observando los usos emergentes de lo impreso y sus conexiones con la política y la esfera pública durante el período revolucionario, abarcando desde la llegada de las primeras imprentas a la región (la primera de las cuales fue desembarada en Buenos Aires en 1780) hasta un período de paz de corta duración a principios de la década de 1830. Buenos Aires fue un apartado puerto de contrabando durante la mayor parte del período colonial, pero experimentó un crecimiento sustancial después de 1780, y su población alcanzó más de cuarenta mil habitantes hacia 1810. Montevideo —el lugar más densamente poblado del otro lado del río— creció rápidamente también, aunque solo tenía poco más de un cuarto de este número de habitantes a principios del siglo XIX<sup>10</sup>. Por lo tanto, resultaba bastante natural que las provincias del Plata no constituyeran un mercado para los medios impresos durante el período colonial como los centros urbanos más densamente poblados de Lima y México. La falta de una cultura de la impresión en la región durante el período colonial hizo que la llegada de las imprentas y su despliegue de textos fuera más significativo aún durante las guerras por la independencia.

Las palabras que estas primeras imprentas publicaron en periódicos, poemas y documentos oficiales desencadenaron una revolución que fue de la mano de las guerras por la independencia. El poder de la palabra y la imagen impresas experimentaron una mayor elaboración en celebraciones públicas como las festividades que conmemoraban la Revolución de Mayo de 1810 y las fiestas de inauguración de las primeras bibliotecas públicas en Buenos Aires (1812) y Montevideo (1816)<sup>11</sup>. Estos eventos ayudaron a crear nuevos espacios de reunión pública, donde las élites y las clases populares se comunicaban en formas nuevas, y donde lo impreso era crucial. El capítulo 1 termina con una visión del rol que la imprenta tuvo en la creación y difusión

<sup>10</sup> Johnson y Socolow; Arredondo.

<sup>11</sup> La Revolución de Mayo hace referencia al 25 de Mayo de 1810, cuando una junta local declaró el autogobierno en nombre del depuesto rey de España, Fernando VII. Fue una jugada retórica y política llevada a cabo en primer lugar en la imprenta y luego en el campo de batalla. Desde ese día de 1810, el 25 de Mayo se ha celebrado tanto en Uruguay como en la Argentina como un hito en la lucha por la independencia, y como un rasgo clave de identidad política regional.

de nuevos repertorios simbólicos nacionales, que incluían a la poesía patriótica, los escudos, las declaraciones de independencia y las constituciones. Desde el inicio de las guerras hasta la firma de la primera constitución del Uruguay en 1830, la cultura impresa creció hasta convertirse en una fuerza legitimadora de los ideales republicanos.

Otras regiones de América Latina tuvieron publicaciones revolucionarias similares. Venezuela tuvo *El Patriota Venezolano* (publicado por el frustrado promotor de la independencia Francisco de Miranda) y la *Gaceta de Caracas* (un periódico que cambió de dueño repetidas veces del bando patriota al de los realistas). Antonio Nariño obtuvo fama por su trabajo como editor de diario y por ser una especie de revolucionario completo en lo que se convertiría en Colombia. México tuvo *El Despertador Americano* y Chile *La Aurora de Chile*, por nombrar sólo unos pocos ejemplos<sup>12</sup>. Sin embargo, el mero volumen de este tipo de medios impresos en el Plata hace que la región se destaque, así como el hecho de que la *Gaceta de Buenos Aires* fue el periódico de la época de la independencia de más larga vida y que inspiró una corriente de diarios de ideas afines y reaccionarias. También los líderes públicos se esforzaron para que la lectura se convirtiera en parte de la vida pública, y figuras singulares como el afrodescendiente Jacinto Ventura de Molina escribían sin parar en Montevideo. En suma, las semillas para el rol único que tendría la imprenta en esta región estaban sembradas.

Donde la relación entre imprenta y política se impuso realmente fue en la escritura gauchesca, popular —tanto en verso como en prosa— a mediados de siglo. En ninguna otra parte de América Latina hubo un tipo similar de escritura que negociara el encuentro de las culturas oral e impresa y que permitiera el consumo popular de los medios impresos en la escala vista en el Río de la Plata. El capítulo 2 observa este proceso a través de las conexiones entre cultura impresa y civilización ganadera.

Hacia fines de las guerras por la independencia, los terratenientes se unieron a los propietarios de saladeros, disfrutando de enormes ganancias por el procesamiento y la venta de productos de origen animal hasta entrada la década de 1860. Los caudillos de la cultura ganadera se convirtieron en poderosos actores políticos<sup>13</sup>. Éste fue aún más el caso durante las guerras

<sup>12</sup> Véase, por ejemplo, Blossom; Renan Silva; Nariño; Palacio Montiel; Conway; y Kaempfer. Sobre el tema del periodismo en Hispanoamérica, véanse los capítulos 1-4 de González.

<sup>13</sup> La cultura ganadera (o la "civilización ganadera" como la denomina James Scobie) hace referencia a las estructuras de poder y las relaciones sociales que se desarrollaron en torno de una economía basada en la venta y la exportación de productos ganaderos —cueros, grasa y carne seca— a fines del siglo XVIII y la primera mitad del XIX. Esta economía dominó el Río de la Plata hasta la década de 1850 e infundió miedo a las élites liberales letradas por su intento de preservar prácticas y características de la época colonial. Véase Scobie, Argentina, 64-67.

civiles que sacudieron la región hasta la década de 1850. Casi todo lo escrito durante este segundo período giró en torno de la política de la cultura ganadera. No era cuestión de risa, al menos la mayor parte del tiempo, pues hubo una enorme cantidad de escritos producidos en esos años, sumamente provocativos en términos partidarios.

En el núcleo central de la relación entre imprenta, política y poder a mediados de siglo en Uruguay y la Argentina estaba la literatura popular, principalmente la poesía y la prosa gauchescas. La abrumadora mayoría de escritos gauchescos apoyaba al caudillo argentino y jefe del Partido Federal, Juan Manuel de Rosas, su homólogo uruguayo, Manuel Oribe, y el Partido Blanco y, después del final de los años de Rosas, las formas de vida tradicionales relacionadas con el campo. El vínculo entre política e imprenta también se conformó en verso en *bozal* (una lengua que imitaba los patrones discursivos de los africanos), difamaciones partidarias que competían por el apoyo de los negros esclavos y libres en la región, y composiciones que hablaban de supuestas preocupaciones de las comunidades de afrodescendientes<sup>14</sup>. Si bien la autoría de estos textos a menudo era anónima, no hay duda de que los africanos y afrodescendientes (que constituían casi un tercio de la población tanto en Montevideo como en Buenos Aires alrededor de mediados de siglo) y los medios que apuntaban a llegar a ellos fueron centrales para el desarrollo de la cultura impresa durante estos años. Las elites liberales asentadas principalmente en Montevideo contraatacaban de manera impresa a estas corrientes literarias populares, pero la mayoría de sus composiciones estaban escritas para su propia clase social y, por eso, no tuvieron éxito en robustecer la oposición popular al orden social basado en la cultura ganadera.

A través de las lecciones en el aula, los libros de texto y los cuadernos de alumnos, las escuelas primarias públicas siguieron construyendo la relación entre imprenta, identidad y política. Examinado en detalle en los capítulos 3 y 4, este período histórico no sólo solidificó la singularidad de esta relación, sino que también garantizó la difusión de la cultura impresa en estos dos países en formas no vistas en otras partes de América Latina, con resultados que llegaron hasta el siglo XXI.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, los líderes latinoamericanos intentaron desarrollar sistemas de educación pública. Se creía ampliamente que la educación era no sólo fundamental para el progreso y lo que significaba ser una nación "civilizada", sino también una forma de terminar con las guerras civiles y las luchas políticas que habían assolado la región de norte a sur. Sin embargo, en la mayor parte de América Latina, los esfuerzos por crear e implementar escuelas —primarias o secundarias— con fondos públicos no rindieron frutos hasta bien entrado el siglo XX. Hay varios avances teóricos

<sup>14</sup> Véase Andrews, *Afro-Argentines*; Andrews, *Blackness*; Lewis; Solomianski; y Coll.

en la educación mexicana en la década de 1880 —el comienzo de la llamada Edad de Oro de la instrucción primaria—, pero hubo tremendas dificultades para implementar un sistema uniforme a través de los diferentes estados<sup>15</sup>. El número de escuelas primarias se elevó a más del doble durante los años de Porfirio Díaz a fines del siglo XIX y principios del XX, sin embargo, sólo el 30 % de los niños en edad escolar asistían a ellas en 1907. Y en 1910 aún cerca del 70 % de los adultos en México no podía leer<sup>16</sup>. En Chile, donde se introdujo en 1843 (aunque no se aprobó hasta 1860) una ley que exigía la educación primaria obligatoria, el sistema educativo funcionaba también mejor en la teoría que en la práctica. En 1859, aproximadamente el 12 % de los niños entre siete y quince años iba a algún tipo de escuela primaria. Hacia 1907, esta cifra había aumentado sólo a alrededor del 35 % y las tasas de alfabetización seguían siendo bajas: 42 % en los hombres y 38 % en las mujeres. En 1920, se aprobó otra ley que exigía que los niños asistieran a la escuela<sup>17</sup>. La frágil legislación de Brasil respecto de la educación pública se anuló en 1891, y el gobierno no la reinstauró hasta la década de 1930. En 1870, tanto en Colombia como en Venezuela, hubo decretos que exigían la creación de sistemas educativos públicos y laicos, bajo el control del Estado, y en Ecuador y Guatemala, los gobiernos nacionales se hicieron cargo de la regulación municipal de las escuelas<sup>18</sup>. Sin embargo, en ninguna parte estos esfuerzos se tradujeron en historias de éxito de la educación pública como las experimentadas en el Plata.

El capítulo 3 se centra en el establecimiento de los sistemas de educación primaria pública en Uruguay y la Argentina a fines del siglo XIX, que permitieron realmente que la lectura cotidiana se arraigara en toda la región. Las escuelas públicas también brindaron a los estados toda una nueva gama de oportunidades de regular los medios y mensajes impresos para audiencias cautivas y altamente impresionables. En las décadas de 1860 y 1870, Domingo F. Sarmiento en la Argentina y José Pedro Varela en Uruguay pusieron a la educación pública nacional en su lista compartida de cosas necesarias para una nación exitosa. Para alcanzar este estatus en el Plata, precisaban recursos, y las escuelas fueron los recursos clave para inculcar el amor al país en los jóvenes y en las decenas de miles de inmigrantes que llegaron a la región. A través de los libros de textos, los cuadernos y otras formas de medios impresos que seleccionaron para usar en las escuelas públicas, los sembradores de abecedarios tuvieron una influencia directa en las formas de identidad colectiva que estos textos estaban destinados a inspirar. La combinación de todos estos

<sup>15</sup> Wilson, 295-318.

<sup>16</sup> Vaughan.

<sup>17</sup> Loreto Egaña, Núñez Prieto, y Salinas Álvarez, 15-17, 61-68; Núñez.

<sup>18</sup> Newland, *La educación elemental*.

factores hizo de las escuelas primarias públicas sitios donde la imprenta se conectó con la formación de las identidades colectivas y el proyecto de forjar ciudadanos para sus naciones como nunca antes.

El capítulo 4 considera los libros de texto que impartían a los jóvenes lecciones de patriotismo y maternidad, o dicho de otro modo, lecciones de identidad nacional y de género. Desde 1880 aproximadamente, los consejos nacionales de educación en Uruguay y la Argentina seleccionaron los textos oficiales para uso en las escuelas primarias en ambos países. Se publicaron cientos de títulos sobre historia nacional y geografía, educación moral y cívica, y, específicamente para las alumnas mujeres, sobre higiene y economía doméstica. Las lecciones que atravesaban estos textos también estaban presentes en títulos no dedicados exclusivamente a las materias mencionadas.

Los autores de estos libros, junto con los funcionarios que los seleccionaban, trataban de inculcar amor al país y espíritu patriótico en sus jóvenes lectores; intentaban presentar una historia compartida a la que los lectores pudieran acceder como fuente para la comunidad; y pretendían convertir a las niñas en madres patrióticas que entendieran su educación como una obligación cívica. Con estas lecturas para una nación, leer era una práctica que se daba más allá del aula. Los niños llevaban los libros a casa y los leían con o a sus hermanos y padres, y los adultos que aprendían a leer y escribir usaban a menudo los mismos libros de texto. En todas estas instancias, el acto de leer era de importancia nacional, porque promovía la identidad comunitaria y los roles de género. Los comentarios que los alumnos garabateaban en sus cuadernos, los ejercicios que completaban basados en los libros y las cartas de devoción patriótica que elaboraban son fuertes indicadores de cómo los niños se tomaban en serio las lecciones que aprendían. Muestran cómo la lectura se vinculó con la ciudadanía. Y dada la cantidad de alumnos que asistía a las escuelas primarias en el Río de la Plata hacia 1910, y las formas en que estos textos se leían en la comunidad más amplia, resulta claro que estas lecturas permitieron la apropiación popular de los discursos oficiales sobre el nacionalismo y la identidad de género.

Para la celebración del centenario de la independencia en 1910, entonces, la cultura impresa había reformulado las formas de comunicación en Uruguay y la Argentina. La lectura y la escritura eran los componentes más importantes de la educación; florecían las novelas populares, así como las revistas ilustradas para el público general; nuevas monedas nacionales, en especial en forma de billetes, hacían circular imágenes de gran carga simbólica; las postales comunicaban mensajes complejos sobre los hijos que se iban a la guerra al igual que simples notas sobre comidas familiares; los cigarrillos tenían nombres e imágenes significativos, y algunos hasta incluían premios como cartas que

presentaban lo más destacado del poema *Martín Fierro* y novelas populares; en los pequeños pueblos rurales y en las ciudades capitales, los circos y los teatros representaban la cultura escrita ante grandes audiencias ansiosas por seguir el próximo drama gauchesco o las historias de inmigrantes. Estos tipos de medios impresos, que vieron una distribución masiva a partir de 1890 aproximadamente, son el foco del epílogo, su legítimo lugar en la historia. Para cuando aparecieron, los contornos de la cultura impresa estaban definidos y los medios impresos ya formaban parte de la vida cotidiana de todos los uruguayos y argentinos, incluso los analfabetos. No había escape, y nada habla mejor de esto que el uso requerido de la moneda nacional.

El amplio alcance cronológico y el enfoque regional de este trabajo están profundamente en deuda con estudios anteriores sobre cuestiones de lectura e identidad en América Latina. Sobre el tema de la imprenta en la América Latina del siglo XIX, el modelo de Benedict Anderson para comprender las conexiones entre "capitalismo impreso" e incipientes comunidades nacionales durante las guerras por la independencia ha sido un constante punto de referencia para los estudiosos (entre quienes me incluyo) que tratan este período y el posterior. Como Anderson afirma correctamente, los periódicos y otros medios impresos tuvieron un papel significativo a la hora de conseguir apoyo para la causa patriótica y generar sentimientos de comunidad, aunque esto ocurrió sólo durante y después de las guerras por la independencia, y a través de múltiples modos de contacto con la lectura<sup>19</sup>.

Otros han explorado fructíferamente los vínculos de la lectura con la formación de la identidad en una variedad de contextos. En su muy citado libro *Ficciones fundacionales*, Doris Sommer lo hizo con la vista puesta en las novelas que hablan de erotismo y política: lo romántico detrás de la creación de las comunidades nacionales desde Cuba a la Argentina. Nicolás Shumway identifica el poder de la imaginación literaria en la "invención de la Argentina". Paula Alonso e Iván Jaksí editaron colecciones de ensayos que revelan características de la prensa periódica y de oratoria en los esfuerzos por construir sentimientos de nación en toda América Latina. Fernando Unzueta ha enfrentado las aguas turbias de la dimensión afectiva de la lectura. Y han aparecido varios estudios sobre la política de la memoria en el Uruguay del siglo XIX y la industria de la publicación de libros en la Argentina de ese mismo siglo en la última década<sup>20</sup>.

<sup>19</sup> Para evaluaciones recientes de las afirmaciones de Anderson con respecto a América Latina, véase Chasteen, *Introducción*; y Lomnitz.

<sup>20</sup> Sommer; Shumway; Alonso; Jaksí; Unzueta, 144-55; Achugar, *La fundación*; Achugar, *Derechos*; Caetano; Eujanián; Rivera; Sagastizábal, *Diseñar una nación*; Diegó; Prieto, *El discurso criollista*.

Si bien todo este trabajo –en campos que abarcan de los estudios literarios a la historia cultural y del libro– ha sido crucial para llegar a una nueva comprensión de los roles y el impacto de la escritura en la historia latinoamericana, tres actividades merecen una atención más sostenida: (1) focalizarse de un modo consistente en las interacciones de los lectores con la cultura impresa; (2) observar de un modo más amplio el paisaje de la impresión en el siglo XIX, centrándose más, por ejemplo, en el espectro de medios impresos conectados y actividades de lectura como se experimentaban entonces, y menos en tratar los textos (novelas, periódicos, poesía, etc.) de un modo aislado; y (3) específicamente para el contexto del Río de la Plata en el siglo XIX, enmarcar los problemas en una perspectiva regional, en lugar de concentrarse en ellos dentro de límites estrictamente nacionales. Espero que, comenzando a abordar estas tres cuestiones en las páginas que siguen, este libro ofrezca una imagen más completa de la relación entre cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata.

## Capítulo I

### Palabras, guerras y celebraciones públicas

#### El surgimiento de la cultura impresa rioplatense (1780-1830)

Para el 6 de diciembre de 1779, el trato había sido firmado. Después de permanecer inactiva durante más de doce años en el oscuro y húmedo sótano de la Universidad de Córdoba, la primera y única imprenta de los jesuitas cordobeses estaba lista para hacer el viaje hacia Buenos Aires. Cuando la corona española ordenó que la orden fuera expulsada de la América española en 1767, la imprenta había estado en uso sólo por un año, produciendo materiales para el famoso Colegio de Monserrat. Había sido desarmada y guardada precipitadamente en un sótano, sin tomar los recaudos para impedir que la humedad penetrara en la madera o para embalar adecuadamente los tipos de plomo<sup>1</sup>.

Sólo en 1779 se reavivó el interés por la imprenta, mostrado irónicamente por un representante de la corona española: el recién designado virrey del Río de la Plata, Juan José de Vértiz y Salcedo. Vértiz, a quien el historiador y presidente argentino Bartolomé Mitre elogió posteriormente como el funcionario colonial más progresista que hubieran visto las colonias, tenía la idea de crear una casa de niños expósitos, u orfanato, en Buenos Aires. Después de todo, la población de la ciudad –y la cantidad de huérfanos– se expandía rápidamente con la creciente importancia de Buenos Aires como puerto comercial. Vértiz recordó que había una imprenta guardada en Córdoba (confiscada a los “ex jesuitas”, como el virrey los llamaba), y tuvo la visión de financiar su aventura humanitaria estableciendo un taller de imprenta en Buenos Aires, en el mismo local que el futuro orfanato<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Una versión anterior de este capítulo se publicó en Acree y González Espitia, 32-58.

<sup>2</sup> Mitre, 200; Torre Revello, 214; Canter, *La imprenta*, 38-39.

A mediados de septiembre de 1779, Vértiz escribió al rector del Colegio Convictorio –antes de Monserrat– en Córdoba para investigar acerca de la condición de la imprenta y preguntar cuál sería su valor. El rector le respondió humildemente que Vértiz, por supuesto, podía tener la imprenta, pagándole al Colegio lo que a él le pareciera adecuado. El rector agregó que, como no había un inventario que detallara las partes de la imprenta, era difícil precisar qué faltaba. Su condición, sin embargo, no era irreparable, y esta información era lo que el virrey estaba esperando. El 16 de octubre, Vértiz contestó que pagaría al Colegio lo que los ex jesuitas habían gastado a principios de la década de 1760 y pidió al rector que pusiera las cosas en orden para el viaje de la imprenta<sup>3</sup>. Finalmente, en diciembre, se cargaron las cajas de madera con las partes de la imprenta en una carreta cubierta de propiedad de un tal Félix Juárez. Juárez condujo sus bueyes por una vieja ruta comercial colonial, que atravesaba la pampa, y llegó a Buenos Aires en febrero de 1780<sup>4</sup>.

Allí, en el recién creado taller de impresión y orfanato llamado la Casa de Niños Expósitos, el virrey financió la rehabilitación de la imprenta, y poco después, cuando ya estaba produciendo publicaciones, Vértiz presentó a Carlos III sus razones para la compra, aunque había pasado casi un año de la llegada de la imprenta a Buenos Aires y la actividad de publicación ya estaba en marcha. En el adecuado estilo formal, el rey despachó un certificado real de aprobación a Vértiz en el cual escribía que la imprenta sería “muy útil, y aun necesaria en esa Ciudad”, y derrochaba elogios hacia el funcionario por “quanto habeis executado en este caso, dándoos gracias por el notorio zelo con que os esmerais en el servicio de Dios, y mio”<sup>5</sup>. Ni el rey ni el virrey imaginaban que estaba sentando las bases para el nacimiento de los medios impresos revolucionarios durante las guerras por la independencia.

Hacia 1810, más de 1200 publicaciones habían sido impresas, entre ellas cartas, edictos oficiales, libros de texto, el *Contrato social* de Rousseau, facturas de venta, y el primer periódico del Río de la Plata, el *Telégrafo Mercantil*<sup>6</sup>. Con la Revolución de Mayo de 1810, la imprenta de los Niños Expósitos se convirtió en un instrumento de los patriotas. Durante la siguiente década, disparó miles de circulares, poemas, periódicos, documentos oficiales, cartas y canciones patrióticas, librando una batalla retórica contra el poder monárquico. A principios de la década de 1820, los viejos bloques de tipos de la imprenta estaban bastante desgastados. Era hora de seguir avanzando. En 1824, Bernardino Rivadavia, que entonces era ministro del gobierno

<sup>3</sup> Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 1-4.

<sup>4</sup> *Ibid.*, 5-6; Mitre, 201, 208.

<sup>5</sup> Canter, *La imprenta*, 43.

<sup>6</sup> Furlong, 14; Newland, *La educación elemental*, 341. Véanse también ejemplos en Heras, xxi-xxiii; y Juan María Gutiérrez, 388-93.

provincial de Buenos Aires, convirtió en ley la nueva Imprenta del Estado, que tomaría el trabajo y algunos de los materiales del taller de los Niños Expósitos. La vieja imprenta del taller fue llevada por Victorino Solá a Salta, donde se produjo una notable transustanciación: a fines de la década de 1860, los bloques se fundieron para convertirse en varios cientos de balas que se usarían para combatir a algunas de las últimas bandas de gauchos liderados por Felipe Varela, que entonces sembraban el caos en el noroeste<sup>7</sup>. El historiador y bibliógrafo Antonio Zinny lamentaba la trayectoria –literalmente– de los tipos de la vieja imprenta de Niños Expósitos. Los bloques comenzaron como mensajeros de civilización, escribía, y terminaron atravesando los cuerpos de los “bárbaros”<sup>8</sup>.

La “biografía” de la imprenta de los Niños Expósitos, desde sus vigorosos días de juventud revolucionaria en Buenos Aires a su vejez y muerte entre los gauchos en Salta, pinta los dos momentos clave durante los cuales surgió la cultura impresa rioplatense, a saber: las guerras por la independencia y los años más prósperos de la cultura ganadera. El período revolucionario, que abarcó desde las invasiones inglesas a la región en 1806-1807 a un tiempo de relativa paz a principios de la década de 1830, vio el nacimiento de la cultura impresa en el Plata y es el foco de este capítulo. El capítulo 2 trata sobre la relación de la escritura con la cultura ganadera.

El período revolucionario de la cultura impresa rioplatense le confirió características duraderas. Primero, la escritura sirvió como un arma de guerra para convencer y condenar, con palabras de independencia que impulsaron una verdadera revolución impresa y condujeron a una revolución en las formas de comunicación. Segundo, el énfasis recién sembrado en la importancia de la palabra impresa –promovida como un signo tangible de legitimidad– comenzó a abrir una nueva esfera pública que alentó una mayor interacción entre elites letradas (que podían ejercer el poder a través de la tecnología de lo escrito) y aquellos (alfabetizados o no) que ocupaban posiciones inferiores en la jerarquía social, como los negros libres, las mujeres y los esclavos. Las bibliotecas públicas y las celebraciones patrióticas fueron ejemplos de los nuevos espacios de reunión. Por último, la cultura impresa durante el período revolucionario fue fundamental para la elaboración de nuevos repertorios simbólicos que acompañaran a las nuevas repúblicas: las poéticas marchas militares, los himnos nacionales, los escudos y las constituciones.

<sup>7</sup> Solá, 42-45; Canter, *La imprenta*, 67-68. En *La edición*, Sagastizábal sugiere que el plomo fundido se usó para fabricar las balas empleadas en perseguir a las montoneras (paisanos a caballo que formaban ejércitos improvisados) lideradas por el mítico Facundo Quiroga (29), pero como Quiroga actuó a principios de la década de 1830, esta afirmación no concide con los cincuenta años de producción de la imprenta en Salta.

<sup>8</sup> Solá, 44.

Durante las guerras por la independencia, las elites letradas fueron las que, principalmente, establecieron los parámetros que seguiría la cultura de la impresión en ciernes. Dicho esto, hubo latinoamericanos alfabetizados que no formaban parte de los grupos de elite, pero que podían aun interpretar y manipular discursos legales, políticos, religiosos y poéticos por escrito<sup>9</sup>. Y los iletrados interactuaron de cerca con nuevos modos de comunicación escuchando lecturas públicas de periódicos en tiempos de guerra, participando en celebraciones públicas donde lo impreso era central y asociándose con nuevos iconos simbólicos diseminados a través de la imprenta. En pocas palabras, el período revolucionario fue el comienzo del mayor contacto entre la gente y la imprenta, la primera etapa hacia la transformación de los medios impresos en lectura cotidiana.

Si se observa una muestra de los componentes orales y escritos de la impresión durante este período, veremos que el surgimiento de la cultura impresa rioplatense comenzó con palabras y guerras. Más aún, las celebraciones patrióticas y la creación de repertorios de símbolos nacionales fueron fundamentales para esta historia. Si el momento revolucionario definió este surgimiento, el alcance de las guerras, la noción de “independencia”, y los esfuerzos iniciales por crear discursos “nacionales” y “republicanos” estuvieron, a su vez, en deuda con las palabras, las celebraciones y los símbolos que dieron vida a la cultura impresa en el Plata. Ciertamente, muchas de las luchas se desataron no “a causa” de lo que fue escrito en un texto determinado, aunque hay ejemplos de diarios (como el *Southern Star* [Estrella del Sur] en Montevideo, cubierto en este capítulo) y hojas sueltas que llevaron directamente a conflictos armados o se enredaron en el complicado período preparatorio de la acción insurgente y realista (la famosa “Proclama de guerra a muerte”, de Simón Bolívar, es un buen ejemplo de otra región). La pregunta más interesante y más importante es cómo estos medios impresos alimentaron las llamas de la revolución, y cómo se convirtieron en formas dominantes de comunicación.

De lo que estamos hablando aquí, entonces, es de un momento en la historia literaria que no ha recibido una atención proporcionada al impacto que tuvo en la escritura de la región durante el resto del siglo. Los periódicos en tiempos de guerra, las celebraciones organizadas por el Estado y la poesía patriótica aparecieron en toda América Latina durante el primer tercio del siglo XIX<sup>10</sup>. Pero fue en el Río de la Plata donde el periódico de la independencia

<sup>9</sup> Dos de los mejores ejemplos de fines del siglo XVIII y principios del XIX son Jacinto Ventura de Molina y el cubano Juan Francisco Manzano. Véase Acree y Borucki; Acree, “Jacinto Ventura de Molina”; y Manzano.

<sup>10</sup> Para ejemplos de estudios que se centran en otras áreas, ver Guerra, “Forms of Communication”. Una mirada a la escritura en la esfera pública a principios del siglo XIX en México, es una de las perspectivas más logradas sobre cómo la imprenta comenzó a

de más larga vida difundió sus mensajes; fue allí donde comenzaron a circular algunas de las primeras antologías de literatura “nacional”; y fue en esta región donde se vio la mayor proliferación de nuevas imprentas, periódicos y producción de hojas sueltas de 1810 a 1830. Comencemos con algunas de estas palabras de independencia.

### Palabras en las guerras de independencia

La historia de la primera imprenta de Montevideo no fue tan emocionante como la de la imprenta “ex jesuita”, que terminó transformada en balas para los gauchos, pero fue una imprenta de guerra desde el comienzo. Cuando los ingleses invadieron el Río de la Plata en 1806 y 1807, fueron expulsados de Buenos Aires, para sorpresa de todos. En la ciudad portuaria de Montevideo, los soldados británicos pudieron establecer un punto de apoyo que, aunque duró sólo seis meses, permitió que las fuerzas de ocupación y los comerciantes lanzaran una imprenta. En su estilo colorido y casual, el autodidacta y hombre de letras uruguayo Isidoro de María relata “la opinión pública” hacia la prensa a principios del siglo XIX: “¡Bah! De eso [la imprenta] no había que hablar... Para alguna cartilla o *almanaque*, bastaba y sobraba con la *fábrica* de los niños expósitos de la capital del virreinato... para enseñar el *cristo* a uno que otro muchacho...”<sup>11</sup>. Pero las cosas cambiaron en 1807. “Cuadró la casualidad, o la cola del diablo –nos dice de María, al referirse al establecimiento de la imprenta británica–, su primer alumbramiento fue un periodiquín titulado *The Southern Star*... El 23 de mayo de 1807 fue el del alumbramiento, pero el chico tuvo poca vida, porque espichó el 4 de junio del mismo año”<sup>12</sup>. En realidad, la imprenta que trajeron los ingleses sólo estuvo activa un par de meses. Sin embargo, en ese breve lapso, los escritores del *Southern Star* introdujeron una nueva actitud liberal mercantilista respecto del comercio en la ciudad puerto y apuntaron a desacreditar la capacidad de la corona española para gobernar el virreinato del Río de la Plata<sup>13</sup>. Tan eficazmente incendiarias fueron sus páginas, publicadas en inglés y en español, que la Real Audiencia del Río de la Plata encargó a Mariano Moreno –uno de los héroes intelectuales de la independencia– la tarea de escribir una refutación a las afirmaciones del diario. Como Moreno estaba de acuerdo

reformular las formas de comunicación. Véase también *Guerra, Modernidad e independencias*. En “The Role of Print”, Rebecca Earle examina la producción de periódicos en México, Nueva Granada, Chile y Perú, aunque como Guerra se ocupa más de la cultura política. Otras consideraciones recientes pueden hallarse en Alonso.

<sup>11</sup> De María, *Montevideo antiguo*, 2: 61; énfasis en el original.

<sup>12</sup> *Ibid.*, 61-62. *The Southern Star / La Estrella del Sur*, edición facsimilar.

<sup>13</sup> Canter, *Introducción a la Gazeta de Montevideo*, xxxix, xix.

con la mayoría de ellas, se encontró en una situación difícil, de la que salió aconsejando que el silencio era la mejor manera de poner fin a la difusión de la propaganda de *Southern Star*<sup>14</sup>.

La Real Audiencia no lo dejó ahí. En junio de 1807, emitió un edicto —publicado, por supuesto, por la imprenta de los Niños Expósitos— que prohibía la venta, posesión o lectura en público o privado del *Southern Star*, considerado como el arma más “perniciosa”, “seductiva” y eficaz para los logros de sus “malvados designios”<sup>15</sup>. Cualquiera que entrara en contacto con el periódico o tuviera conocimiento de otros que poseyeran o leyeran el condenado *Southern Star* y no reportara esto de inmediato a las autoridades correspondientes sería juzgado como “traidor al rei y al Estado, y se le impondrán irremediamente las penas correspondientes á este atróz delito”<sup>16</sup>. Las palabras de independencia no se tomaban a la ligera.

Como el taller de los Niños Expósitos hacía una cantidad considerable de negocios y como su imprenta necesitaba bloques de tipos de repuesto, la perspectiva de adquirir la imprenta del *Southern Star*, que los ingleses habían abandonado cuando se fueron del Plata, resultó atractiva para la Audiencia. La guerra entre Inglaterra y España imposibilitaba que la Audiencia pidiera el envío de nuevos repuestos de Europa al Plata. Más importante aún, la Audiencia creía que, si podía arrancar la imprenta de Montevideo, podía poner fin a la amenaza de propaganda maliciosa que se podría difundir en impresos en el futuro. Así, en septiembre de 1807, la imprenta del *Southern Star*, después de haber sido desarmada y embalada, fue transportada por barco a través del río a Buenos Aires. Allí dio nueva vida al taller de los Niños Expósitos, que pronto estuvo de nuevo imprimiendo material revolucionario (no lo que la Real Audiencia tenía en mente al comprar la imprenta) que se abrió camino hacia la Banda Oriental, el territorio que se convertiría en Uruguay<sup>17</sup>. Presumiblemente algunos de los bloques de tipos del *Southern Star* también después se convirtieron en balas usadas contra los gauchos.

<sup>14</sup> *Gazeta de Montevideo*, I. Véase también Acree, *La otra batalla*.

<sup>15</sup> BN Ar Tesoro: Bando de la Real Audiencia de Buenos-Ayres, 12 de junio de 1807.

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> Canter, Introducción a la *Gazeta de Montevideo*, lvi. El nombre Banda Oriental hace referencia a la “costa oriental”, es decir, al territorio ubicado al este del río Uruguay. Los habitantes de la Banda Oriental se identificaban como “orientales”. Después de la declaración de la independencia uruguaya en 1825, los ciudadanos y los funcionarios comenzaron gradualmente a emplear los términos “Uruguay” y “uruguayos”. Si bien hoy “orientales” y “uruguayos” se usan como sinónimos para hablar de ciudadanía e identidad, durante más de un siglo los términos expresaron visiones en conflicto de la historia uruguaya, específicamente del papel del territorio durante el período revolucionario y el lugar del líder de la independencia José Artigas en la historia oficial. Para más detalles sobre los debates en torno de estos términos, véase Frega, *Uruguayos y orientales*, y Prado, 194-245.

Periódicos como el *Southern Star* constituyen nuestra primera parada. Durante las guerras, surgieron publicaciones diarias, semanales y mensuales en ambas orillas del Río de la Plata, y no sólo en las ciudades puerto de Buenos Aires o Montevideo<sup>18</sup>. Las provincias del interior adquirieron imprentas y produjeron periódicos de tamaño común, de formato más grande y poemas.

Antes de que la junta provisional de Buenos Aires declarara su autoridad representativa sobre las provincias del Plata en mayo de 1810, la imprenta de los Niños Expósitos había tenido el monopolio de la imprenta en el virreinato. Con las invasiones inglesas en el Plata y la crisis de la monarquía española, las publicaciones con carga política crecieron en número e intensidad<sup>19</sup>. No era difícil, entonces, que la única imprenta de Buenos Aires pasara de ser una imprenta real a una imprenta de guerra y se convirtiera en un instrumento de la nueva junta gobernante. Su nuevo rol se hizo rápidamente evidente cuando, el 28 de mayo de 1810, publicó el anuncio del retiro del entonces virrey Cisneros, junto con la proclama oficial de la primera junta<sup>20</sup>. Poco más de una semana después, entró en circulación la *Gazeta de Buenos Aires*, del liberal Mariano Moreno, que sirvió como portavoz de la junta. La *Gazeta* duraría hasta septiembre de 1821, aunque su versión impresa no era muy accesible a las masas que deseaba alcanzar.

Ésta es exactamente la razón por la cual sus mensajes eran pronunciados públicamente en iglesias y plazas, y a menudo en cafés y pulperías también. Los que no podían leer la *Gazeta* impresa podían escucharla igual que un sermón o una historia, que eran los modos típicos de comunicación en la última etapa de la América colonial. Del mismo modo que los ciudadanos en la iglesia profesaban lealtad a su fe y aprendían la doctrina religiosa, igualmente tenían que aprender sobre la junta para mostrar la reverencia debida, o así decía la circular enviada por la junta a las diócesis provinciales. Como muchos habitantes rurales no eran conscientes de los cambios que estaban ocurriendo en Buenos Aires, y como muchos vivían en condiciones que no facilitaban la lectura del periódico, la junta ordenó a los sacerdotes que “en los días festivos, después de misa, convoquen la feligresía y le lean la *Gaceta de Buenos Aires*”<sup>21</sup>.

Esta misma línea de pensamiento está presente en el llamado de Bernardo de Monteagudo a los “funcionarios públicos, ciudadanos ilustrados, el sexo delicado, y americanos todos” para que lean el periódico a los trabajadores, artesanos y soldados. Figura intelectual destacada del período, Monteagudo fue uno de los editores del periódico (es decir, de los redactores en jefe).

<sup>18</sup> Véase Zinny, *Efemeridografía argirometropolitana*.

<sup>19</sup> Pueden encontrarse ejemplos en Furlong, 141-43, 216-17, 228-30.

<sup>20</sup> *Ibid.*, 240-44, 321-25.

<sup>21</sup> Binayán, 137.

"No son las armas las que han de perfeccionar nuestra constitución", afirma Monteagudo en el número del 27 de diciembre de 1811. Todos los ciudadanos, sostiene, deben comprender sus obligaciones [con la patria] para conocer y ejercer sus derechos, pero esta esperanza no será posible sin educar a aquellos "cuyo humillante patrimonio ha sido siempre la ignorancia. Ojalá se dedicara algún celoso patriota a formar un catecismo político para la instrucción general. Entretanto no tenemos otro recurso que los papeles públicos". Lo que tiene que suceder, concluye Monteagudo, es que el gobierno central imponga a los alcaldes locales "la estrecha obligación de que en los días festivos reúnan en un punto aparente a todos los artesanos y menestrales, para leerles y explicarles los papeles públicos, y que los jueces foráneos practiquen de acuerdo con los curas esta misma diligencia con los labradores y gente del campo"<sup>22</sup>. Los jefes militares debían también hacer que los periódicos fueran leídos a los soldados dondequiera estuvieran estacionados. Como él mismo era militar, Monteagudo sabía de qué estaba hablando.

Las personas que no calificaban como "ciudadanos ilustrados", pero que cada vez más se consideraban como *americanos*, también tomaron en serio el llamado de Monteagudo, o al menos su espíritu<sup>23</sup>. Esto ocurrió particularmente en el caso del ex esclavo Joaquín Fretes en Mendoza, Argentina, acusado de ser uno de los líderes de la rebelión de esclavos planeada para mayo de 1812. Fretes había llegado a Mendoza desde Santiago de Chile y unió sus fuerzas a las de un afrodescendiente llamado Bernardo. En Santiago, Fretes había trabajado para el clero, uno de cuyos miembros le había otorgado la libertad para que pudiera unirse a la causa patriota en Buenos Aires. Lo que distinguía a Fretes de otros líderes de la rebelión, en especial de Bernardo, era que sabía leer y escribir<sup>24</sup>. De hecho, Fretes había leído un número de la *Gazeta de Buenos Aires* (que daba voz a su feroz retórica liberal respecto de abolir la esclavitud) a los negros reunidos para planear su curso de acción, y habló de los planes de la Junta de Buenos Aires de prohibir que los barcos esclavistas entraran en puerto en el Plata<sup>25</sup>. También escribió, hizo circular y leyó en voz alta pasquines que detallaban los objetivos del movimiento. Si Fretes era un líder "intelectual", Bernardo tenía una red personal de contactos con las comunidades negras en y alrededor de Mendoza, en particular, con el gremio de los zapateros. Bernardo reclutó participantes para la rebelión

<sup>22</sup> *Gaceta de Buenos Aires*, 71.

<sup>23</sup> Sobre el cambio de significado del término *americanos* y su extensión durante la independencia, véase Chasteen, *Americanos*.

<sup>24</sup> Bragoni, 121.

<sup>25</sup> *Ibid.*, 118. Fechado el 9 de abril de 1812, el decreto de la junta que prohibía que los barcos de esclavos atracaran en la región también otorgaba la libertad a los esclavos introducidos en la región después de la aprobación de la ley.

diciéndoles que iban a lograr la libertad y que tenía una copia de la *Gazeta* donde se decía eso<sup>26</sup>.

Las lecturas públicas del tipo de las que alentaba Monteagudo y que Fretes llevaba a cabo no eran totalmente nuevas; habían ocurrido durante la época colonial, a veces como parte de espectáculos reales. Lo que era nuevo era el drástico aumento de su frecuencia, así como el contenido revolucionario de la *Gazeta*, las reacciones que provocaba (específicamente en la forma de medios impresos), y la *cantidad* de publicaciones similares que estaban siguiendo el ejemplo y eran leídas en público. Durante las guerras, la palabra impresa llenó las calles y el aire de la ciudad y de la campaña y fue el centro de atención en reuniones secretas como nunca antes.

Una de las primeras de estas reacciones provino de la *Gazeta de Montevideo*, que comenzó en octubre de 1810. El bastión realista de Montevideo había estado sin imprenta desde la partida de la del *Southern Star* a la otra orilla, tres años antes. Cada vez más amenazado tanto por las fuerzas patriotas de Buenos Aires como por peones rurales liderados por el caudillo José Artigas (que luchaba por la independencia no sólo de la España napoleónica, sino también de la influencia de Buenos Aires), y confrontado con la propaganda que llenaba las páginas de la *Gazeta de Buenos Aires* y los edictos impresos en los Niños Expósitos, el Cabildo de Montevideo decidió que necesitaba una nueva imprenta para combatir las palabras revolucionarias. Los líderes del gobierno hicieron una petición a Carlota Joaquina, que en ese momento vivía en Río de Janeiro. Hermana del exiliado rey español, se había casado a los diez años con el príncipe portugués Juan (posteriormente el rey Juan VI).

Una característica común de muchos de los diarios del período fue el *prospecto*, que servía como una especie de introducción al propósito de los escritores. El prospecto de la *Gazeta de Montevideo* echaba luz sobre cómo Carlota y el Cabildo llegaron a un acuerdo. En vista de la reciente "conmoción popular" del otro lado del río, se lee, los residentes de Montevideo habían demostrado un nivel de lealtad a Fernando VII que los hizo sujetos de un reconocimiento especial por parte de la corte de Brasil y de Carlota. Para dar a publicidad el elogiado carácter de los montevidianos, Carlota les envió una nueva imprenta que bautizaron como "La Carlota"<sup>27</sup>. Según sigue diciendo el prospecto, Carlota estaba "interesada en la conservación de los dominios de su augusto hermano", un sentimiento manifestado en los intercambios epistolares entre Carlota y miembros del Cabildo reproducidos en la edición

<sup>26</sup> *Ibid.*, 120-121. La conspiración para rebelarse fue descubierta finalmente y los conspiradores terminaron en la cárcel. Un tribunal local estudió el caso y otorgó a los líderes y a sus seguidores la libertad para que pudieran enrolarse en las tropas patriotas.

<sup>27</sup> *Gazeta de Montevideo*, 3 (8 de octubre de 1810).

del 13 de octubre de 1810 del periódico<sup>28</sup>. Así, la nueva imprenta estaba destinada, desde sus comienzos, a ayudar a luchar contra los rebeldes de Buenos Aires y proteger las colonias para el destronado monarca español.

Con ese espíritu, el prospecto declaraba que el gobierno local publicaría la *Gazeta* todos los jueves con noticias de España y su reino, edictos reales, y “quanto pueda interesar á los verdaderos Patriotas”<sup>29</sup>. En una apropiación temprana de la palabra *patriotas* —un término que pronto se convertiría en el apelativo para aquellos que en toda América se oponían a los realistas— los redactores del periódico esperaban convencer a sus lectores de que siguieran apoyando a la corona y se mantuvieran firmes frente a las mareas de cambio que venían del otro lado del Plata. El prospecto continúa: “Tal es precisamente el objeto que se propone el Gobierno en la obra que se os anuncia... Reunir quanto succeda hasta el restablecimiento de la tranquilidad del Virreynato, y publicarlo sin adorno y con la sencillez que caracteriza la verdad, para que veais el retrato de vuestro verdadero Caracter”<sup>30</sup>. Si las palabras eran capaces de provocar en Buenos Aires una agitación suficientemente grande como para poner en peligro el gobierno del rey, entonces, las palabras de Montevideo deberían ser capaces de apagar el fuego.

Palabras, escritura e imprenta fueron precisamente los temas de un breve ensayo titulado “Sobre la imprenta”, que aparece en el número del 6 de noviembre de 1810 de la *Gazeta de Montevideo*. En este artículo, un tal “Fileno” argumenta en una cadena de silogismos que la *palabra* es la mayor forma de ejercer el orden moral, que la *escritura* es una forma de fijar las palabras, y que la *publicación* es la perfección de la escritura. Según esta lógica, sostiene Fileno, publicar es una actividad “moral”, necesaria para el mantenimiento adecuado de las sociedades humanas<sup>31</sup>. Dada la importancia de las palabras, la escritura y la imprenta, “deduciremos, que la escritura, y la imprenta no pueden servir para la murmuración, y la calumnia” contra el carácter moral de una persona o, quizá de un modo más apremiante, contra el gobierno de uno. Fileno afirma que debería existir una imprenta libre, pero que “la imprenta debe ser libre como necesaria para la interesante parte de nuestra civilización” (es decir, lo opuesto a la basura que emanaba de Buenos Aires). Cuando la imprenta libre se emplea para hablar mal de la gente, las “buenas costumbres,” o “la desencia del gobierno”, entonces pierde su carácter moral<sup>32</sup>.

Las palabras de Fileno y las de otros redactores de la *Gazeta de Montevideo* formaban parte del proyecto de combatir retóricamente las noticias de Buenos

<sup>28</sup> *Ibid.*, 7-8.

<sup>29</sup> *Ibid.*, 3.

<sup>30</sup> *Ibid.*, 4.

<sup>31</sup> *Ibid.*, 42.

<sup>32</sup> *Ibid.*, 42-45.

Aires y de otras partes de América a punto de declarar su autogobierno. La *Gazeta*, sin embargo, no fue el único periódico que se imprimió en Montevideo o en Uruguay durante el periodo revolucionario. Desde el establecimiento de la imprenta del *Southern Star* en 1807 hasta la firma de la constitución en 1830 (un año de breve paz en Uruguay), se publicaron cerca de sesenta periódicos diferentes<sup>33</sup>. La mayoría de ellos duraron sólo entre unos meses y un año, y no fue sino hasta 1826 cuando las imprentas produjeron periódicos fuera de Montevideo. Pero la proliferación de periódicos fue significativa para una Banda Oriental assolada por la guerra, así como también lo fue el hecho de que, para 1830, diecinueve imprentas habían estado o todavía estaban imprimiendo periódicos y otros medios impresos en Uruguay. Entre 1826 y 1830, surgieron siete imprentas fuera de la ciudad de Montevideo. Las partes y los bloques de tipos para éstas, así como para las nuevas que aparecieron del otro lado del río, provenían de una compleja combinación de fuentes. Muchos componentes eran heredados de o comprados a talleres de impresión difuntos que habían adquirido materiales de Estados Unidos y, después de las guerras, de Europa. Otras partes eran construidas de cero por carpinteros y herreros.

Mientras tanto, en Buenos Aires, las imprentas todavía estaban calientes, y la palabra *independencia* se estaba volviendo más presente en la retórica revolucionaria. En julio de 1812, la imprenta de los Niños Expósitos comenzó a imprimir un nuevo periódico semanal: *El Grito del Sud*. Este periódico fue creación de la recién fundada Sociedad Patriótica Literaria de Buenos Aires (un nombre significativo para un grupo dedicado a unir la cultura escrita con las causas patrióticas). El periódico salió de la imprenta con toda la artillería: en la primera página estaba fechado “1812, Tercero de Nuestra Libertad”<sup>34</sup>. Opuesto a toda palabra impresa en “esos insulsos papelorios”, como la realista *Gazeta de Montevideo*, y hablando de independencia abiertamente y sin reservas, el prospecto se inicia sin rodeos: “El que piense deribar la causa de la miseria de los hombres, de otro origen que el de la esclavitud y la ignorancia, ó es un imbecil estúpido, ó un impostor impudente”<sup>35</sup>. A medida que el prospecto continúa, no se puede confundir el blanco de esta afirmación: “Pero ya es llegado el tiempo de que se desagraye del todo á la naturaleza oprimida —continúa el redactor—, y que entremos al goce y ejercicio de aquellos sagrados derechos de que nos privaron los tiranos”. Estos derechos se enumeran como propiedad, libertad y seguridad. Si los lectores están dispuestos a hacer un esfuerzo “digno de los americanos” para man-

<sup>33</sup> González Demuro, *El Sol*; González Demuro *Un gallego*; Praderio, 3-40.

<sup>34</sup> *El Grito del Sud*, 45.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 47. El número del 27 de octubre de 1812 (173-80) apunta directamente a lo que se imprimió en “esos insulsos papelorios”, es decir, en la *Gazeta de Montevideo* (173).

tener lo que había sido alcanzado el 25 de mayo de 1810, entonces, el yugo miserable podrá ser desechado para siempre.

Por supuesto, leer *El Grito* era fundamental para mantener vivo el espíritu de Mayo, grabar su significado en la tradición, y permanecer libre de miseria. Después de su mordaz ataque a España y a lo que años de la colonia había hecho a América, el escritor concluye: "Hé aquí como sin pensar se ha bosquejado el plan de un periódico que algunos individuos de la sociedad patriótica del Río de la Plata, y sus provincias unidas han meditado dar al público, bien convencidos de que es acaso éste el medio único de propagar los conocimientos y las luces por el comun del pueblo"<sup>36</sup>.

Como la *Gazeta de Buenos Aires*, que había sido iniciada por Mariano Moreno, *El Grito* estaba escrito por las elites letradas, incluido muy probablemente el autor del futuro himno nacional, Vicente López y Planes. El epígrafe en latín en el encabezamiento de cada número sugiere que el periódico no era del todo para el lector "promedio"<sup>37</sup>. Dicho esto, los autores de *El Grito* eran conscientes de la necesidad de llegar a aquellos que no podían entender el epígrafe o, en muchas instancias, incluso leer los contenidos del periódico. Se vendía fuera de la ciudad de Buenos Aires, lo que permitía que sus mensajes viajaran cierta distancia hacia las provincias del interior. Como la *Gazeta* y el decreto que anunciaba la importancia de una imprenta libre, leído públicamente el 1 de diciembre de 1811, *El Grito*, también, se leía en voz alta a las multitudes en los cafés y en ocasiones en la iglesia<sup>38</sup>. En el número del 21 de julio de 1812, los editores publicaron incluso una canción patria titulada "Marcha patriótica con sus notas para inteligensia de la gente vulgar", seguida en verdad por cinco páginas de notas<sup>39</sup>. Cuán accesibles eran para la "gente vulgar", o los analfabetos, es otra cuestión. Si las masas no encontraban que ninguna de estas medidas fuera útil para absorber los mensajes de *El Grito*, todavía podían embeberse del espíritu patriótico en los talleres de los Niños Expósitos, donde podían revisar un retrato del "patriota republicano" y "sabio magistrado" Mariano Moreno, que estaba a la venta<sup>40</sup>. Incluso podían darse cuenta de las maravillas de la palabra impresa mientras estaban allí.

Durante 1815, un año antes de que se declarara formalmente la independencia de las provincias que se convertirían en la Argentina, se estableció un puñado de periódicos de corta vida que reclamaban la independencia

<sup>36</sup> *Ibid.*, 48-50.

<sup>37</sup> Tomado del primer libro de las *Historias* de Tácito, el epígrafe dice: "Es en raros momentos de buena fortuna cuando uno puede pensar en lo que uno quiere y decir lo que uno piensa", una adecuada elección de palabras para el período de la independencia.

<sup>38</sup> De Gandía, estudio preliminar a *El Grito del Sud*, 16.

<sup>39</sup> *El Grito del Sud*, 63-68.

<sup>40</sup> *Ibid.*, 255.

de una vez y para siempre. Uno de éstos fue el llamado adecuadamente *El Independiente*. Como *El Grito del Sud* y la *Gazeta de Montevideo*, *El Independiente* pagó tributo al poder de la palabra impresa en su prospecto, que reconocía que el valor del periódico radicaba en "el arte divino de escribir dando un ser durable á los conocimientos humanos"<sup>41</sup>. Atribuido al hermano de Mariano Moreno, Manuel, el prospecto subraya la importancia de esta nueva forma de medios impresos: "los Periódicos han llegado á ser la piedra de toque de la instrucción nacional de un Pueblo... No há sido la distancia á que está colocada la América del centro de los conocimientos, la que há retardado su ilustración, tanto como la falta de buenos periodicos"<sup>42</sup>. *El Independiente* duró sólo cuatro meses; sin embargo, a pesar de la meta de su editor de escribir en un estilo accesible para todo tipo de lectores y su convicción de que el periódico viviría mientras existiera la libertad de imprenta<sup>43</sup>. Un emprendimiento similar del mismo período fue el periódico *Los Amigos de la Patria y de la Juventud*, una publicación mensual que duró seis meses y que, como indica el título, era un amigo de la patria y de las generaciones más jóvenes. La introducción al periódico sostenía que su principal preocupación era la educación. Pero el editor estaba más inclinado a brindar espacio a selecciones literarias (francesas), por lo general ilustrativas de algún aspecto moral, y a cuestiones vinculadas con la guerra, aunque el periódico era un defensor de la paz, una presentación destinada a atemperar actitudes violentas que provenían de periódicos con *El Independiente*<sup>44</sup>.

La corta vida de publicaciones como *El Independiente* y *Los Amigos* complica la evaluación de su impacto en los lectores. Ambos periódicos habían surgido de visiones que iban más allá de los círculos cerrados de las elites letradas, pero con pocos ejemplares en circulación, los epígrafes en latín de *El Independiente*, y el tono urbano de *Los Amigos*, es difícil imaginar que sus palabras se arraigaran en el campo o entre los habitantes analfabetos de la ciudad. No obstante, estos periódicos, junto con muchos otros, fueron centrales para difundir información durante el período revolucionario. Como tales, formaron parte de las primeras incursiones de los medios impresos para abrir una nueva esfera pública y tejer su camino en los patrones tradicionales de sociabilidad. La mera cantidad de publicaciones que aparecieron en el paisaje público y las múltiples formas en que eran leídas aumentaron las posibilidades de que los mensajes deliberados de los autores fueran comunicados de manera eficaz y llevaran a la acción deseada por parte de los lectores y oyentes.

<sup>41</sup> *El Independiente*, 33.

<sup>42</sup> *Ibid.*, 33-36.

<sup>43</sup> *Ibid.*, 41.

<sup>44</sup> De Gandía, estudio preliminar a *Los Amigos de la Patria*, 19.

A lo largo de la década que va de mayo de 1810 a la derrota de las débiles fuerzas de la autoridad central que operaba en Buenos Aires en 1820, aparecieron más de cuarenta periódicos (impresos en los Niños Expósitos y otros talleres más nuevos) en las provincias que formarían la Argentina. En los años que llevaron al ascenso de Juan Manuel de Rosas al poder en 1829, entraron en escena casi doscientos periódicos más, de los cuales ochenta se publicaron y circularon fuera de Buenos Aires<sup>45</sup>. Para las elites letradas deseosas de difundir los valores republicanos, la imprenta se convirtió en un símbolo del progreso liberal y la palabra impresa otorgó legitimidad a sus mensajes y, por ende, a su esfuerzo.

Los periódicos eran mensajeros clave de palabras de independencia, pero no eran los únicos. Tenían la ayuda de las nuevas bibliotecas públicas y de las celebraciones patrióticas en las que lo impreso gozaba de un lugar público de privilegio.

### Cultura impresa, espacios públicos y fiestas patrias

La creación de las primeras bibliotecas públicas en el Río de la Plata fue fundamental para el surgimiento de una cultura impresa durante el período revolucionario. Después de que los periódicos dieran el primer paso importante en este proceso difundiendo las palabras de guerra, las bibliotecas ampliaron el alcance de la imprenta y consolidaron sus conexiones con el republicanismo abriendo una nueva esfera pública donde podía tener lugar una mayor interacción entre las elites letradas y las clases populares. Patrick Joyce, que ha estudiado este proceso en el caso de la Inglaterra decimonónica, enfatiza que la libertad y el éxito del liberalismo se apoyaron en la creación de "legibilidad y visibilidad políticas" en las que cada miembro de la sociedad podía ver a los otros<sup>46</sup>. "La idea de la biblioteca gratuita —sostiene— fue fundamental para la creación de un nuevo tipo de público, uno constituido en una esfera pública urbana, cívica [...]. Abierta y, por lo tanto, transparente [...]. La transparencia fue también la clave para esta función particular como una variante de la comunidad liberal". Las bibliotecas, continúa Joyce, extendieron la cultura del autoconocimiento y la autoayuda para crear ciudadanos liberales —o al menos ése fue uno de sus principales objetivos— y, por ende, resultaron relevantes para "una ética liberal de la gobernanza"<sup>47</sup>. Estos vínculos entre la legitimidad del republicanismo, el acceso público al

<sup>45</sup> Rómulo Fernández, 219-26.

<sup>46</sup> Joyce, 100.

<sup>47</sup> *Ibid.*, 129-130.

conocimiento y un nuevo tipo de ciudadano operaron en la creación de las bibliotecas en el Plata.

La primera en aparecer de estas bibliotecas fue la Biblioteca Pública de Buenos Aires, que se convirtió en la base de la futura Biblioteca Nacional. Hay un debate sobre si el omnipresente Mariano Moreno merece crédito como *fundador* de la biblioteca, pero la mayoría de los estudiosos de la Argentina coinciden en que el simple hecho de establecer una biblioteca pública en tiempos de guerra fue un evento simbólico significativo<sup>48</sup>.

Moreno se encargó de pedir tanto donaciones de ítems para la colección de la biblioteca como contribuciones financieras a aquellos que estaban dispuestos a aportar a esta nueva causa de "ilustración pública". Para fines de 1810, había recaudado una suma considerable para los salarios de los bibliotecarios y reunido cerca de cuatro mil libros, mapas y otros materiales para la colección inicial. Así, si bien la creación de la biblioteca era apoyada por la junta y organizada por su secretario (Moreno), era en realidad un esfuerzo público que fue posible gracias a las donaciones y contribuciones de los habitantes rioplatenses (aunque de los ricos)<sup>49</sup>. Al invertir en la biblioteca pública, estaban tomando parte en la nueva cultura revolucionaria de la imprenta que se publicitaba a diario en la *Gazeta de Buenos Aires* y otros periódicos patrióticos. En este sentido, la biblioteca era un símbolo de la Revolución de Mayo y del surgimiento de una nueva forma de comunicación. Representaba el esfuerzo por reclamar una parte en la independencia intelectual: un imperativo metafórico para acompañar la independencia política que buscaban los patriotas<sup>50</sup>.

Después de múltiples cambios hasta la fecha de apertura de la biblioteca, las cosas estaban finalmente listas en marzo de 1812. Una semana antes del día de la inauguración, se enviaron circulares donde se anunciaba el evento a sacerdotes, figuras militares, jueces, el administrador de correos y otros funcionarios del gobierno, encargándoles que notificaran a otros y que ellos mismos asistieran al acontecimiento<sup>51</sup>. La inauguración tuvo lugar el 16 de marzo de 1812, y fue un acto público con gran asistencia: hubo una banda militar, elevados discursos, y la presencia de las figuras políticas centrales de la junta; todo dio la bienvenida al nuevo espacio público donde la gente podía reunirse con materiales de lectura. Juan Manuel Beruti, que vivió las invasiones inglesas a Buenos Aires, las guerras por la independencia y los años de Rosas, nos cuenta en sus memorias que "infinitos ciudadanos" estuvieron

<sup>48</sup> Véase Seco; y Levene, *El fundador*.

<sup>49</sup> Levene, *El fundador*.

<sup>50</sup> *Ibid.*, 34, 64.

<sup>51</sup> *Ibid.*, 115-116.

presentes en la ceremonia de apertura<sup>52</sup>. Las noticias sobre el acontecimiento en la *Gazeta* fueron más reservadas. Una breve nota que apareció el 13 de marzo para recordar a los lectores la próxima celebración fue la única mención a todo el asunto<sup>53</sup>. La misma brevedad caracterizó a las noticias de la biblioteca en el número del 17 de marzo de *El Censor*, un semanario desprendido de la *Gazeta*. Curiosamente, la nota que anunciaba la apertura de la nueva biblioteca —una institución destinada a encarnar el espíritu liberal de Mayo— estaba a la par de un aviso del secretario del Cabildo, que trataba de vender un esclavo que sabía “algo de cosina”<sup>54</sup>.

A primera vista, este anuncio parece fuera de lugar en la retórica patriótica en los periódicos y más exhibido junto con la inauguración de la biblioteca, pero señala las duras realidades de la cultura política que evolucionaba en la región durante la década de 1810 y los significados contradictorios de la independencia. Como ha demostrado Peter Blanchard, al comienzo de la guerra hubo una desconexión entre la meta de la libertad política y el acceso a la libertad personal. Las revoluciones francesa y norteamericana habían aportado un vocabulario que tiñó la retórica revolucionaria y las filosofías del liberalismo y el republicanismo en la América española, pero no pudo resolver cómo tratar la cuestión de la población esclava. Más aún, la propiedad personal, incluidos los esclavos, era un derecho liberal protegido. Ni los dueños que favorecían la causa patriótica ni los líderes liberales que necesitaban mantener el apoyo de este sector social estaban dispuestos a hacer excepciones a este derecho. No obstante, los esclavos gradualmente transformaron las afirmaciones públicas que igualaban el colonialismo con los vínculos de esclavitud en poderosas apelaciones para la liberación personal<sup>55</sup>. Algunas señales fueron visibles en las festividades que rodearon la creación de la Biblioteca Pública de Montevideo.

La fundación de la Biblioteca Pública de Montevideo fue un asunto mucho más dramático que la de su equivalente en Buenos Aires. Se celebró con más pompa y mayor riqueza de representaciones simbólicas, y se vio como inseparable de las *fiestas mayas* de 1816. Estas fiestas, que también se llamaron *fiestas cívicas*, tuvieron como modelo las que se habían realizado por primera vez en Buenos Aires del 23 al 26 de mayo de 1813. Ese mayo, la Asamblea General había declarado que las fiestas se convertirían en una celebración patriótica anual. El prefacio a la legislación de las fiestas revela su pretendido significado: “Es un deber de los hombres libres inmortalizar el día del nacimiento de la patria, y recordar al pueblo venidero el feliz momento

<sup>52</sup> *Ibid.*, 61, 114; Beruti, 210.

<sup>53</sup> *Gaceta de Buenos Aires*, 3: 146.

<sup>54</sup> *El Censor*, 92.

<sup>55</sup> Blanchard.

en que el brazo de los más intrépidos quebró el ídolo y derribó el altar de la tiranía”<sup>56</sup>. Esto ocurrió también con las fiestas en Montevideo: pretendían celebrar el *comienzo* de una nueva historia de la nación, que estaba en proceso de ser definido, en parte por la imprenta, en parte por las ceremonias. Pero por similares que fueran a las fiestas de 1813 en Buenos Aires, las de Montevideo en mayo de 1816 fueron registradas con más celo<sup>57</sup>.

La descripción de estos hechos escrita anónimamente comienza relatando lo ocurrido el 24 de mayo, cuando los patriotas decoraron sus casas y los edificios de la ciudad con banderas tricolores que representaban a Artigas y la separación de la Banda Oriental de Buenos Aires. Arcos formados con ramas de laurel y flores adornaban las cuatro esquinas de la plaza principal de la ciudad (la que es hoy la Plaza Matriz). Cuatro grandes carteles con versos patrióticos colgaban de esos arcos. Los dos primeros hablaban de los valientes esfuerzos de América para terminar con la opresión del león ibérico. El tercero y el cuarto iban más allá de sólo cantar las alabanzas de aquellos que habían sacudido el yugo colonial; se centraban, en cambio, en la importancia de registrar la incipiente historia colectiva de la Banda Oriental. Los transeúntes que leían los versos de estos dos últimos carteles eran alentados a recordar el “Mayo divino” y considerar las hazañas de los soldados de la Banda Oriental como un faro para los otros americanos que luchaban en guerras por la independencia<sup>58</sup>.

Estos versos impresos exhibidos públicamente no estuvieron solos ese día. Desde las 7 de la mañana hasta el mediodía hubo música y comida, y los escolares de Montevideo entraron en escena alrededor de las 8 para cantar canciones patrias. Después del almuerzo, se liberaron presos de las cárceles, y participando de las ceremonias del día, “aparecieron en la plaza principal algunas danzas de negros [...] emulándose unos á otros en la decencia y modo de explicar su festiva gratitud al día”<sup>59</sup>. Un poco después esa tarde, funcionarios del gobierno, soldados y vecinos de la ciudad asistieron a una ceremonia en la iglesia, y por la noche, miraron fuegos artificiales y una buena tragedia “liberal”.

Hubo más palabras impresas el día siguiente, esta vez grabadas en una pirámide en lugar de escritas en carteles. Compuestos por Bartolomé Hidalgo, que había introducido la voz del gaucho en el material impreso, los versos de la pirámide celebraban el 25 de Mayo como el día en que “desaparecieron grillos y tiranos”. Los escolares rodearon la pirámide al amanecer. Con un apropiado espíritu patriótico, saludaron al sol y entonaron una canción que

<sup>56</sup> *El Redactor*, 30, 35-36. Véase también Wilde, 196-97.

<sup>57</sup> Descripción de las fiestas.

<sup>58</sup> *Ibid.*, 6-7.

<sup>59</sup> *Ibid.*, 7.

vocalizaba lo fundamental de los versos del monumento (gracias a ese glorioso día de mayo, terminó la opresión para los americanos, y desde entonces los habitantes de la Banda Oriental han cantado las loas a la patria grande). La fiesta continuó durante la tarde y la noche y el día siguiente, con comida, baile y la representación teatral de *Sentimientos de un patriota*, de Hidalgo<sup>60</sup>.

El 26 de mayo, los escolares de nuevo se reunieron en torno de la pirámide y cantaron sus canciones patrias, desde las 10 de la mañana hasta el mediodía, momento en el que los miembros del Cabildo anunciaron solemnemente la inauguración de la Biblioteca Pública. Dámaso Antonio Larrañaga—sacerdote, representante político de Artigas, y director recién designado de la Biblioteca—pronunció el discurso inaugural, en el que proclamó que las puertas de la biblioteca estarían abiertas a todos los que estaban presentes: “Toda clase de personas tiene un derecho y tiene una libertad de poseer todas las ciencias por nobles que sean. Todos podrán tener acceso a este depósito augusto de ella. Venid todos, desde el Africano mas rústico hasta el mas culto Europeo”<sup>61</sup>. Además de ser un lugar donde los ciudadanos podían “ilustrarse”, la nueva biblioteca serviría de base a los ideales republicanos.

Que la biblioteca ofrecía un nuevo lugar de aprendizaje a los ciudadanos era cierto, pero el comienzo del período de ocupación brasileña y portuguesa de la Banda Oriental en 1817 limitó el acceso a la biblioteca y su función como nuevo espacio de encuentro. Estudios recientes sobre los afroargentinos y la cultura letrada, sin embargo, dan credibilidad a la noción de que los hombres blancos no eran los únicos que aprovechaban la colección de la biblioteca<sup>62</sup>. Un patrocinador afroargentino de la Biblioteca era un viejo compañero de Larrañaga, el prolífico zapatero, soldado y escritor Jacinto Ventura de Molina. Las mujeres usaban la biblioteca, también, o al menos mostraron oposición a lo que representaba, como se evidencia en una supuesta crítica realista a las fiestas desde la perspectiva de una escritora. Expresando su descontento, María Leoncia Pérez Rojo de Aldana proclamó que asistió a ellas con personas a las que llamó “miscelánea gentuza de la campaña”<sup>63</sup>.

Tanto la descripción de las fiestas como el discurso inaugural de Larrañaga se publicaron en 1816 y se distribuyeron en toda la Banda Oriental. Artigas reconoció haber recibido copias de ambos, e hizo una reflexión acerca de que las fiestas y la biblioteca eran medios para formar adecuadamente a los hombres que brindarían gloria y felicidad a la nación<sup>64</sup>. En suma, primero con

<sup>60</sup> *Ibid.*, 9-11, 13-14.

<sup>61</sup> *Ibid.*, 29-30.

<sup>62</sup> Véase Acree y Borucki: Gortázar; Andrews, Blackness; Lewis; y Abella, 49-103.

<sup>63</sup> Véase Pérez Rojo de Aldana.

<sup>64</sup> Descripción de las fiestas, 66-69 (cartas de Artigas a Dámaso Antonio Larrañaga y de Artigas al Cabildo de Montevideo).

las palabras de guerra y ahora con las palabras de fiestas patrias, la impresión se estaba convirtiendo en una práctica social integrada, abierta a más gente que a sus meros productores. En realidad, la producción textual tanto de tipo poético como documental fue parte clave de las fiestas, y transformó las celebraciones pasajeras en eventos simbólicos más permanentes<sup>65</sup>.

Otras ceremonias y celebraciones patrióticas organizadas durante el período revolucionario sirven para ilustrar aún más el rol de la cultura impresa en la construcción de una nueva esfera pública. Hidalgo escribió un diálogo popular en el cual sus personajes gauchos Chano y Contreras hablan del júbilo de las fiestas mayas de 1822 en Buenos Aires. Contreras relata lo que encontró en la ciudad: música, bailes, fuegos artificiales, patriotas, multitudes, colores y juegos como el palo enjabonado. También cuenta a los lectores sobre la gloriosa “versería” desplegada en la plaza principal que un “paisano” le había leído, algo no muy diferente de la forma en que estos versos habrían sido leídos a otros oyentes<sup>66</sup>.

José Antonio Wilde brinda otro valioso ejemplo de Buenos Aires. Durante las fiestas mayas de 1823, la Sociedad Literaria, que había sido creada el año anterior, ofreció un premio a la persona con las mejores respuestas *por escrito* a un conjunto de preguntas que evidenciaban el punto de vista de la sociedad sobre los pueblos originarios del Río de la Plata<sup>67</sup>. La compensación para el ganador era una simple medalla, pero, una vez más, el verdadero premio de la competencia era compartir las ideas personales a través de la escritura.

La exhibición pública de orgullo a través de lo impreso también fue parte de las festividades realizadas en Buenos Aires dos años después, luego del arribo de noticias sobre la Batalla de Ayacucho. Así como la palabra impresa había estado profundamente atrincherada en los comienzos de las guerras por la independencia, fue parte de las fiestas marcando su fin (al menos en la mayor parte de la América hispana). La noche del 22 de enero de 1825, tuvo lugar una “representación dramática” en el Teatro Argentino, después de la cual la multitud enloqueció cantando el himno nacional. Luego, en un acto que significó dar legitimidad a las noticias, un tal coronel Ramírez se puso de pie en uno de los balcones del teatro y leyó el informe oficial de la batalla. Wilde relata que la multitud aplaudió esta lectura pública con el mismo “frenesí” que había llenado los corazones de la gente mientras cantaba el himno nacional<sup>68</sup>.

<sup>65</sup> Paladino, 126, 135.

<sup>66</sup> Hidalgo, *Obra completa* (Praderio), 144.

<sup>67</sup> Wilde, 212.

<sup>68</sup> *Ibid.*, 179.

## Repertorios simbólicos revolucionarios

Las nuevas e inestables instituciones que reemplazaron a las coloniales en el gobierno de las Provincias Unidas y de la Banda Oriental requerían nuevas representaciones simbólicas. La cultura impresa revolucionaria hizo posible la elaboración de repertorios simbólicos. Más aún, fue a través de la imprenta que estos símbolos alcanzaron el estatus "oficial" y se convirtieron en símbolos *nacionales*. A su vez, dieron otra dimensión a la cultura impresa rioplatense en el momento revolucionario. Específicamente, la elaboración de repertorios simbólicos privilegió a los medios impresos como la principal forma de comunicar la iconografía nacional. Estos repertorios incluían composiciones poéticas y canciones, así como *parnasos* (antologías temáticas), banderas y sellos nacionales, y documentos legales como declaraciones de independencia y constituciones. Representaran o no estos símbolos con éxito a "la nación" y las diversas comunidades agrupadas como *argentinos* u *orientales*, estaban ampliamente difundidos a través de la imprenta.

Poemas en hojas sueltas, versos colgados en espacios públicos y tomos temáticos como *La lira argentina* o *Colección de las piezas poéticas dadas a luz en Buenos Aires durante la guerra de su independencia* ayudaron a establecer un conjunto de fechas para la construcción de la historia nacional y cultivaron un vocabulario simbólico para describir tiranos opresores, valientes héroes militares y reverencia por la patria. El verso patriótico fue fundamental para lo que algunos estudiosos identifican como la primera etapa en el camino de la construcción de símbolos nacionales en Hispanoamérica. Desde el comienzo de la Revolución de Mayo hasta el fin de las guerras, las elites criollas intentaron establecer un nuevo conjunto de símbolos para reemplazar a los que acompañaban el poder colonial<sup>69</sup>. Los periódicos revolucionarios minaron el viejo conjunto de símbolos, pero no aportaron el material necesario, presentado en forma concisa, para crear otros nuevos. Allí es donde los versos entraron a jugar, en ocasiones en los mismos periódicos, a menudo como hojas sueltas y a veces como canciones.

La independencia generó una cantidad de versos que fueron de la mano con el esfuerzo de las nuevas instituciones del gobierno para desarrollar políticas de cultura "nacional"<sup>70</sup>. Estas construcciones poéticas no solo se apropiaron del pasado colonial para incorporarlo a una nueva historia nacional, sino que también hablaron del nacimiento de naciones durante la independencia, cada una con su propia tabla rasa. En realidad, establecer un discurso poético y un imaginario nacional fue tan importante para las

<sup>69</sup> Burucúa y Campagne.

<sup>70</sup> Achugar, *Parnasos fundacionales*, 43.

nuevas repúblicas como crear leyes<sup>71</sup>. Así ocurrió en la Argentina, donde se publicaron la enorme *Lira argentina* y una constitución en 1824. Del mismo modo, en Uruguay, el *Parnaso oriental* siguió a la constitución de 1830 cinco años después. Hugo Achugar sugiere que estas colecciones eran más que sólo compilaciones de poemas escritos por compatriotas: constituyen un referente ideológico y cultural que sólo las elites letradas tenían el poder de forjar, pero cuyos contenidos eran modelos de identidad colectiva para todos los sectores sociales<sup>72</sup>.

Un ejemplo ilustrativo proviene de los orígenes de *La lira argentina*. En 1822, Bernardino Rivadavia, defensor del liberalismo en todas sus manifestaciones y en ese momento ministro del naciente gobierno de las Provincias Unidas, emitió un decreto que explicaba los planes del gobierno de celebrar la independencia publicando un volumen con toda la poesía patriótica escrita en las Provincias Unidas desde 1810, año que, gracias a los versos, llegó a marcar un punto de partida para referirse a la historia "nacional". Los objetivos de esta iniciativa eran claros: "El presentarlas [las producciones poéticas] todas bajo un punto de vista, no sólo contribuirá a elevar el espíritu público, sino a hacer constar el grado de buen gusto en literatura a que este país ha llegado en época tan temprana... Una colección... es sin duda un monumento de los más propios a celebrar el aniversario de la declaración de nuestra triunfante independencia"<sup>73</sup>. El decreto continúa diciendo que Rivadavia estará a cargo de elegir las composiciones "dignas" de publicación, que la colección presentará una encuadernación distinguida y que el gobierno asumirá el costo de impresión<sup>74</sup>. El plan de Rivadavia no llegó a buen término. Sin embargo, su idea inspiró al supuesto editor de *La lira*, Ramón Díaz.

Según la nota que abre la antología, la colección está pensada para nutrir el espíritu público con los esfuerzos de los compatriotas del editor y "rendir el homenaje debido a la elección de un Pueblo que nunca se engañó [en la lucha por la independencia y en la selección del himno nacional]"<sup>75</sup>. El editor hablaba en serio sobre rendir homenaje: se imprimieron en París unas dos mil copias de *La lira* que luego se enviaron a Buenos Aires<sup>76</sup>. Todas las composiciones se habían publicado antes, muchas en periódicos o folletos producidos por la imprenta de los Niños Expósitos, pero su reunión en forma de libro les dio un renovado vigor y elevó su estatus al de versos oficiales. Entre los autores estaban Esteban de Luca, que había escrito el popular *jingle*

<sup>71</sup> *Ibid.*, 50.

<sup>72</sup> *Ibid.*, 54.

<sup>73</sup> Citado en Barcia, xii-xiii.

<sup>74</sup> *Ibid.*, xiii.

<sup>75</sup> *La lira*, 7-8.

<sup>76</sup> Barcia, xxi.

patrio "Canción patriótica" alrededor de 1810; Bartolomé Hidalgo, cuyo diálogo sobre las fiestas mayas y otros textos gauchescos habían entretenido a muchos; Cayetano Rodríguez, que había estado involucrado en la creación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires; y Vicente López y Planes, cuya "Marcha patriótica" ya se había convertido en parte del repertorio simbólico nacional al ser declarada Himno Nacional Argentino.

Según la formulación de Susana Poch, los himnos nacionales son más que simples melodías militares o poemas patrióticos: son esfuerzos por desarrollar, a través de la escritura, un conjunto de significados para una comunidad, y esto fue lo que ocurrió en el caso de la "Marcha" de López y Planes<sup>77</sup>. Este tipo de escritura solía hacer su debut en las fiestas patrias o como canciones en ceremonias colectivas. A través de su representación escrita o cantada —gracias a sus mensajes y con la fuerza de la ley detrás de ellas—, estas canciones se convirtieron en tributos sagrados a la idea de nación, y proveyeron de contenido emocional a la fundación y el mantenimiento de la comunidad. Los Niños Expósitos publicaron el poema de López y Planes como una hoja suelta con un título que decía que era la *única* "Marcha patriótica" de uso oficial en las Provincias Unidas<sup>78</sup>. Pronto se la utilizó en las fiestas mayas. A partir de entonces, como himno oficial (de un país que todavía no existía) y como forma directa de canalizar el apoyo emocional a la causa de la independencia, la "Marcha" acompañó a José de San Martín cuando su tropa se desplegaron para luchar contra los realistas en lo que se convertiría en Argentina, Chile y Perú<sup>79</sup>.

El año 1813 fue fructífero para la producción simbólica en Buenos Aires, pues, además de la "Marcha patriótica", la Asamblea General ordenó un sello o escudo "nacional" para identificar los documentos oficiales. El sello reemplazó primero a los sellos coloniales, y luego adquirió un rol más importante como el emblema representativo de la asamblea, que sostenía públicamente representar a la nueva unidad política y comunitaria que estaba tomando forma en la región<sup>80</sup>. Este sello sufrió modificaciones a lo largo del siglo XIX, pero su carácter inicial permanece todavía intacto, mezclando la influencia europea con la referencia a las sociedades originarias de América. La pica y el gorro frigio formaban parte del repertorio simbólico de la Revolución Francesa<sup>81</sup>. Usado por los esclavos romanos libres y representativo de la li-

bertad, el gorro también fue usado por las logias masónicas que operaban en Buenos Aires a principios del siglo XIX. Las ramas de laurel hablan de victoria y las manos estrechadas (no vinculadas definitivamente con ninguna tradición simbólica establecida) representan la unión fraternal entre las provincias del país. El sol que se eleva detrás de los laureles sugiere la mitología incaica<sup>82</sup>. En la amable historia del escudo de Estanislao Zeballos, se destaca que "los ideales que embargaban todas las mentes eran la *Libertad*, la *Igualdad*, la *Fraternidad*, inspiraron el *Himno Nacional*, y están sintéticamente expresados en el escudo"<sup>83</sup>. Aunque constituyen una afirmación exagerada, las palabras de Zeballos mencionan la importancia del liberalismo como fuente de inspiración tanto de los versos simbólicos como de los sellos.

El nuevo escudo rápidamente se abrió paso en las comunicaciones impresas de la asamblea a la esfera pública. Beruti registra que, en mayo de 1813, una "orden superior" exigió la remoción de todos los escudos castellanos colocados en escuelas, fuertes y edificios gubernamentales, para ser reemplazados por el "gran escudo de la nación de las Provincias Unidas del Río de la Plata"<sup>84</sup>. Los elementos del nuevo sello tampoco quedaron confinados a las paredes o el papel: guiaron la forma de vestir de la gente en las fiestas mayas de ese año, lo que dio verdadera vida al sello. Durante las fiestas, los miembros del gobierno de Buenos Aires usaron gorros frigos rojos, iguales al que se representa en el escudo. El público se unió también en la representación, "igualmente con gorros por sombrero, siendo tal lo que estimuló esto a los buenos patriotas, tanto hombres como mujeres —señala Beruti—, que todos se lo pusieron y siguen con él, cuando no en la cabeza, los hombres lo llevan pendiente de la escarapela del sombrero y las señoras mujeres de las gorras o del pecho"<sup>85</sup>.

En julio del mismo año, la asamblea publicó un edicto que anunciaba al público que el sello se difundiría incluso por otro medio: las monedas "nacionales". Las nuevas monedas, acuñadas en la ciudad de la plata, Potosí, tenían el escudo sin el sol en el frente; el sol cubría el reverso y estaba rodeado por las palabras "En unión y libertad"<sup>86</sup>. Esta moneda llamada nacional tuvo corta vida, pero atestigua las formas en que la cultura impresa se difundió en el Plata. Lo que comenzó como un sello para ser usado en documentos oficiales de la Asamblea General se convirtió en escudo nacional y en la base para el diseño de una moneda, lo que comenzó a poner contenido simbólico en manos de gente de todos los sectores sociales, un punto al que volveremos

<sup>77</sup> Poch, "Himnos nacionales"; Wilde (195-96) describió el estreno de la "Marcha" en las fiestas mayas de 1813.

<sup>78</sup> BN Ar, Tesoro.

<sup>79</sup> Poch, "Himnos nacionales", 99.

<sup>80</sup> Zeballos, 10. Véase también Binayán, 228; Cánepa, 129-54.

<sup>81</sup> Sobre los símbolos de la Revolución Francesa y su influencia en la región, véase Burucúa, Jáuregui, Malosetti y Munilla.

<sup>82</sup> Burucúa y Campagne, 438.

<sup>83</sup> Zeballos, 13; énfasis en el original.

<sup>84</sup> Beruti, 231.

<sup>85</sup> *Ibid.*, 232.

<sup>86</sup> *Ibid.*, 234-235.

en el epílogo. Hacia fines de 1815, poco tiempo antes de que se declarara oficialmente la independencia en la Argentina, el sello se había convertido en una de las características definitorias de la *Gazeta de Buenos Aires*, pues apareció en la parte superior de la primera página de cada número hasta sus últimas impresiones en 1821<sup>87</sup>.

Igual que el de la Argentina, el sello que apareció en la Banda Oriental en tiempos de Artigas también presentaba un sol naciente, aunque presidía sobre una balanza de justicia en lugar de un gorro frigio y una pica. En la parte superior está escrito "Provincia Oriental", y rodeando el sol y la balanza está el lema "Con libertad ni ofendo ni temo". Este sello, también, formó parte de ceremonias públicas. Los escolares que animaban con canciones las fiestas cívicas de 1816 llevaban la bandera tricolor y usaban gorros frigos tricolores<sup>88</sup>. Según el autor anónimo de la *Descripción de las fiestas cívicas*, la última noche vio el debut de "un pabellón de primer orden, y el escudo de armas de la provincia colocado sobre la fachada principal" del Cabildo<sup>89</sup>. El escudo también se estampó en los documentos y circuló a través de la imprenta, al igual que la descripción de las fiestas y el discurso de Larrañaga en la inauguración de la biblioteca.

Este sello se usó con intermitencias de 1816 hasta el diseño y la implementación, en 1829, de lo que se convertiría, con pocas modificaciones, en el actual escudo uruguayo<sup>90</sup>. Durante este período de casi quince años, el sello representó la independencia provincial respecto de Buenos Aires, la resistencia a Portugal y Brasil y su independencia de ellos, la celebrada llegada de los Treinta y Tres orientales en 1825 (ver capítulo 4), y la declaración de la independencia de la ocupación brasileña ese mismo año. A principios de 1829, en preparación para los eventos que acompañarían la jura de la constitución, la Asamblea General estableció una comisión especial para desarrollar un nuevo sello. En una exhibición del espíritu del nuevo repertorio simbólico nacional de Uruguay, el sello se estampó en las copias del acta de la independencia distribuidas durante una representación "alegórica" de la declaración. La producción formó parte de la celebración de la firma de la constitución en 1830<sup>91</sup>.

Declaraciones y constituciones (ambas dependientes de la escritura y la imprenta) fueron centrales para la elaboración de repertorios simbólicos también. Estos tipos de documentos legales legislaban el fervor patriótico

<sup>87</sup> Véase la *Gaceta de Buenos Aires*, 4: 409 y siguientes.

<sup>88</sup> De María, *Montevideo antiguo*, 1: 121-22.

<sup>89</sup> Descripción de las fiestas, 17.

<sup>90</sup> Véase Andrés Lamas, 56-58; Goldaracena, 69-94; y AGN Ur, Archivos Particulares, caja 333, carpeta 1: "Escudo de armas de la República Oriental del Uruguay, ley de su creación".

<sup>91</sup> Malagón, xv.

expresado en versos simbólicos y vinculaban a los ciudadanos con la letra escrita e impresa de la ley. Las declaraciones eran únicas en este aspecto. Susana Poch sugiere que sirven de bisagra "entre el discurso poético oficial del himno y el discurso jurídico oficial de la Constitución"<sup>92</sup>. Más aún, las declaraciones de independencia era la decisión final, por así decir, y derivaban su legitimidad misma de ser expresiones del nuevo poder de la cultura impresa. Después de todo, es la declaración escrita lo que se conmemora.

La declaración argentina, emitida en julio de 1816, fue un fenómeno editorial en lo que respecta a declaraciones de independencia. La sesión del congreso que redactó el documento y lo firmó para convertirlo en ley ordenaba que se imprimiera en español (1500 copias), quechua (1000 copias) y aymara (500 copias): una tirada bastante buena para este período<sup>93</sup>. Es cuestionable cuántos hablantes de quechua y aymara podían leer las versiones impresas en estas lenguas, pero las traducciones seguramente fueron leídas en voz alta. Aunque imprimir la declaración en lenguas indígenas no significaba que el incipiente gobierno imaginara a los indios como ciudadanos iguales en la nueva república (éste estaba lejos de ser el caso), fue un gesto importante, simbólicamente inclusivo. Más aún, señala el hecho de que el Estado no podía ignorar directamente a estas comunidades en la configuración de la nación, al menos mientras la lucha por la independencia estuviera incompleta.

Además de declarar la independencia de Portugal, Brasil, y cualquier otro "tirano", la declaración uruguaya reclamaba la destrucción de documentos escritos e impresos que llevaran cualquier mención de la ocupación de la Banda Oriental de 1817 a 1825. Por la forma en que los uruguayos aborrecen hasta el recuerdo de los documentos que corresponden a ese período de despotismo, establece la declaración, los representantes del gobierno de los pueblos que tienen archivos de estos recuerdos "concurrirán el primer día festivo, en unión del párroco, y vecindario, y con asistencia del escribano, secretario, o quien haga sus veces a la casa de Justicia, antecedida la lectura de este Decreto se testará y borrará desde la primera línea hasta la última firma de dichos documentos"<sup>94</sup>. Después que esta ceremonia se llevaba a cabo, los mismos representantes tenían que enviar al gobierno provincial una prueba (escrita o impresa) de que habían destruido verdaderamente los documentos. Que las fiestas hayan sido elegidas para que se llevaran a cabo estas celebraciones es significativo, pues era cuando el público más amplio podía unirse a los representantes, el párroco y el notario en el acto colectivo de borrar los recuerdos y los repertorios simbólicos pasados y prepararse

<sup>92</sup> Poch, *Aura de inicio*, 77.

<sup>93</sup> Malagón, viii.

<sup>94</sup> *Ibid.*, 131.

para que los nuevos acompañaran la independiente Banda Oriental. Por fortuna para los estudiosos de hoy, no se destruyeron todos los documentos. La copia simbólica de esta declaración fue parte de las ceremonias públicas organizadas para la firma de la constitución el 18 de julio de 1830.

Isidoro de María, quien nos describió la primera imprenta en Montevideo, estuvo presente en la celebración en la Plaza Matriz ese julio. La plaza estaba bien decorada, con banderas nacionales colocadas en cada esquina. Soldados de infantería y de caballería lucían uniformes codificados por los colores blanco y azul como la bandera. Los líderes del gobierno estaban de pie en los balcones del Cabildo, y los espectadores llenaban la plaza y los techos cercanos, a pesar del frío de mediados de julio. La religión también formó parte de la ceremonia con un *Te Deum* cantado para acompañar a los miembros del gobierno mientras caminaban hacia la catedral. Después de cumplir con sus obligaciones religiosas, se dirigieron de nuevo hacia el Cabildo para firmar la constitución<sup>95</sup>.

Lo que siguió fue verdaderamente un acto espiritual, que mezclaba religión con una reverencia recién establecida por la cultura escrita como la encarnación legítima del Estado en ciernes. Después de que los líderes del gobierno juraron su fidelidad a la constitución en la sala principal del Cabildo, se llamó a los soldados que estaban en la plaza, seguidos por “el Pueblo soberano”. Se colocaron ante un funcionario del Estado que les preguntó:

¿Juráis a Dios y prometéis a la Patria cumplir y hacer cumplir en cuanto de vos dependa la Constitución del Estado Oriental del Uruguay sancionada el 10 de setiembre de 1829 por los Representantes de la Nación? ¿Juráis sostener y defender la forma de Gobierno Representativo Republicano que establece la Constitución, etc.? Si así lo hicierais, Dios os ayudará, si no, Él y la Patria os lo demandará<sup>96</sup>.

La multitud de gente a empujones tomaba su turno para hacer el juramento y pronunciar el conmovedor “sí, juro”: algunos, para demostrar su fe en Dios y la patria, y otros probablemente por miedo a que Dios y la patria les “demandaran” a ellos el debido respeto si decían que no.

La ceremonia terminó con una salva de cañonazos que señaló poderosamente el poder de la palabra impresa como ley, pero ése no fue el final de la celebración. Esa tarde y noche la fiesta siguió, y “no queda bicho viviente [...] que no concurra a la plaza a ver las lindas comparsas [...] que [...] suben alternativamente al Tablado, con sus arcos o sus bandas azul-celeste”. Uno de los participantes leyó un poema de Acuña de Figueroa, autor del futuro

himno nacional, que advertía a los ciudadanos que respetaran su palabra recién jurada hasta la tumba. Algunos recibieron medallas conmemorativas y hojas sueltas con poesía patriótica “se arrojaban como flores entre aquel mundo de espectadores ávidos de acapararlas”<sup>97</sup>. Cientos de otros adquirieron sus propias copias de la constitución o la declaración<sup>98</sup>. En el teatro San Felipe, que, según la descripción de De María, estaba desbordante, dos poetas leyeron versos patrióticos. Al igual que la mañana, la noche terminó con actos colectivos de loas a la palabra escrita, que a su vez contribuyeron a solidificar las bases de la cultura impresa en Uruguay<sup>99</sup>.

El surgimiento de la cultura impresa rioplatense se ensambla con las guerras por la independencia y se define por ellas. Es la historia de las palabras de independencia, las celebraciones patrióticas, y la creación de nuevos repertorios simbólicos que se combinaron para iniciar una revolución en las formas de comunicación. Con las palabras como armas de guerra impresas en periódicos revolucionarios, poemas y edictos al comienzo del siglo XIX, e imprentas como la de los Niños Expósitos en Buenos Aires y *Southern Star* y *La Carlota* en Montevideo, se encendió una revolución impresa. Mientras estos medios presentaban noticias sobre los desarrollos de la guerra, también afectaban el sentimiento público y los comportamientos públicos inspirando a patriotas y condenando a realistas, cuando no ocurría a la inversa. La imprenta y la palabra impresa también representaron nociones liberales de progreso y dieron legitimidad al republicanismo.

Las fiestas patrias y las ceremonias públicas fueron espacios que promovieron aún más la cultura impresa. Fuera durante las fiestas mayas, la apertura de la biblioteca en Buenos Aires o la firma de la constitución en Montevideo, estas ceremonias —y los eventos e instituciones que celebraban— brindaron nuevos espacios de reunión para los ciudadanos de todo el espectro social. La imprenta fue vital para la creación y difusión de nuevos repertorios simbólicos también. Versos patrióticos, símbolos nacionales (como el escudo), y documentos legales (como declaraciones de independencia y constituciones), todos dependían de las nuevas tecnologías de impresión para comunicar con éxito sus mensajes. Hacia 1830, palabras, guerras y celebraciones patrióticas habían sentado las bases para un nuevo contacto mucho más regular entre el pueblo y la imprenta. Como veremos en el próximo capítulo, durante

<sup>97</sup> *Ibíd.*, 345.

<sup>98</sup> AGN Ur, Ex Archivo General Administrativo, Ministerio de Gobierno, caja 890. Según un inventario de 1836 para el Hospital de la Caridad, sitio de una de las principales imprentas de la ciudad, había 530 copias “sobrantes” de la constitución y sesenta de la declaración de la independencia. Mi agradecimiento a Alex Borucki por compartir esta fuente.

<sup>99</sup> De María, *Montevideo antiguo*, 2: 347-51.

<sup>95</sup> De María, *Montevideo antiguo*, 2: 342-44.

<sup>96</sup> *Ibíd.*, 344-45.

aproximadamente los siguientes cuarenta años —hasta que las instituciones del Estado se estabilizaron, alrededor de 1870—, nuevas palabras, nuevas guerras y gauchos definirían la cultura impresa rioplatense y la llevarían en otras direcciones.

## Capítulo 2

### Palabras, guerras y gauchos

#### Cultura impresa y civilización ganadera (1830-1870)

Como las hebras de un buen lazo, la cultura impresa rioplatense y la civilización ganadera se entretajan durante el segundo periodo clave en el desarrollo de nuestra historia, que se extiende desde el fin de las guerras por la independencia alrededor de 1830 hasta aproximadamente 1870<sup>1</sup>. Desde la década de 1820 hasta principios de la de 1860, transcurrieron los años más prósperos para los estancieros y los saladeristas. Las figuras sobresalientes de la cultura ganadera —los caudillos, que a menudo también eran estancieros o saladeristas— cultivaron relaciones basadas en el clientelismo y se convirtieron en poderosos elementos en los nuevos partidos políticos emergentes. Como tales, fomentaron vínculos con sus marcas de identidad colectiva y sus facciones.

En el Plata, el caudillo y patrón que sobresalió respecto de todos los demás fue Juan Manuel de Rosas, una impresionante figura en la historiografía tanto de Uruguay como de la Argentina. Según el autor (y sus inclinaciones políticas), Rosas fue o un dictador tiránico o un héroe que defendió todo lo americano y que enfrentó a las intervenciones de los europeos que tenían intenciones imperialistas respecto de los recursos materiales de Sudamérica. Lo que es cierto para ambos grupos, sin embargo, es que Rosas fue un producto (y uno de los principales promotores) de la civilización ganadera, y que casi todo lo escrito entre 1830 y 1870 giró en torno de él y de la política de la cultura ganadera.

<sup>1</sup> Véase capítulo 1, nota 13, para una definición de cultura ganadera. Para una visión general del surgimiento de la cultura ganadera en el Plata y sus estructuras, véase Scobie, *Argentina*, 64-87; Slatta, *Gauchos*; Duncan Barretta y Markoff, 590-93; Lynch, *Argentine Caudillo*, 7-8, 136-38; Chasteen, *Violence for Show*, 47-64; y Chasteen, *Heroes on Horseback*.